

## Vida y escritura de Bernal Díaz del Castillo

*The Life and Writings of Bernal Díaz del Castillo*

Guillermo Serés

*Universidad Autónoma de Barcelona*

A la hora de redactar su excelente crónica, la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Bernal Díaz del Castillo quiere hacer equiparable la sencillez de estilo con la verdad, con lo que denuncia que la retórica y los que la ofician, los cronistas profesionales, mienten necesaria e irremediabilmente. En otras palabras, la estética de la escritura de Bernal, como su vida, se concreta en una identificación de lo bello y lo verdadero: nace por oposición a la de Gómara (su rival y, paradójicamente, su guía), que, según Bernal, se caracteriza por sustituir la verdad documental y vivida por la mentira, o por un recurso retórico, para ganarse el favor de Cortés.

*Palabras claves:* Bernal Díaz del Castillo ; Novela histórica ; Crónica.

When writing his excellent chronicle, the *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Bernal Díaz del Castillo aimed at equating simplicity of style with truth, a means by which he denounced the fact that both rhetoric itself and those who practice it —the professional chroniclers— necessarily and irremediably lie. In other words, the aesthetics of Bernal's writing, like his life, in fact, is focused on identifying the beautiful and the true: it arises through opposition to that of Gómara (his rival and, paradoxically, his guide) who, according to Bernal, is characterized by the replacement of documentary, real-life truth by falsehood, or by rhetorical strategies calculated to earn the favour of Cortés.

*Key words:* Bernal Díaz del Castillo ; Historical Novel ; Chronicle.

---

• Primera versión recibida: 27/08/2004; última versión aceptada:

31/08/2004.

### La *auctoritas* de Bernal

La *Historia verdadera* arranca realmente cuando el soldado Bernal Díaz, que ya había escrito algunas cartas y un memorial de guerra, tiene conciencia de ser un autor y, como tal, se considera progresivamente capaz de lograr que el relato —durante muchos años, un *opus in fieri*— adquiera entidad, para reivindicarse a sí mismo e informar y entretener al lector. Buena prueba de que ha asumido la autoría es que, tal como ocurre en la segunda parte del *Quijote*, la obra incluye una reflexión sobre sí misma y alberga la crítica de sus primeros lectores: dos licenciados que le ruegan les preste el manuscrito para cotejarlo con las historias de Gómara e Illescas. La opinión e interpretación, curiosamente, se incorpora a la narración a modo de diálogo entre dos sabios y un “idiota sin letras”, en torno al valor de la mimesis, la relación entre la verdad y la ficción, el papel de la retórica y otras cuestiones afines:

Y desque lo hobieron visto y leído, dijo uno dellos, que era muy retórico e tal presunción tiene de sí mismo, después de la sublimar y alabar la gran memoria que tuve para no se me olvidar cosa ninguna de todo lo que pasamos desque venimos a la Nueva España . . . y dijo que, quanto a la retórica, que va según nuestro común hablar de Castilla la Vieja, y que en estos tiempos se tiene por más agradable, porque no van razones hermoeadas ni policia dorada que suelen poner los que han escripto, sino todo a las buenas llanas, y que debajo de esta verdad se encierra todo bien hablar. (CCXII)

En este pasaje (muy irónico, por otra parte), nos señala a grandes rasgos la poética de su historia y su conciencia narrativa, pero también presenciamos cómo Bernal se cree *auctoritas*, aunque sea de una “plática” en que la belleza formal se supedita a la verdad.

Esa polaridad entre la autoría progresivamente asumida y la conciencia de un “curioso lector” implícito, al que le dedi-

ca la obra, se explicará mejor a la vista de las sucesivas redacciones del texto, cuyas variantes textuales y enmiendas de todo tipo dan cumplida fe de la singularidad de la obra del medinés. Porque Bernal se sabe autor de un libro originalísimo, al menos, dentro de su cultura de romancista.<sup>1</sup> Tanto es así, que se referirá repetida y metaliterariamente al acto de escribir, a la escritura en sí, y al discurso y sus peculiaridades, llamándolo de diversas maneras: “historia”, “relación”, “cuento”, “materia”, “diálogo”, “plática”, “camino” e incluso “calzada”. Y precisamente por ser consciente de la novedad del discurso, destaca en seguida su propia entidad narrativa: “Yo, Bernal Díaz del Castillo” (Prólogo).

Quiere diferenciarse de Gómara, Cortés, Oviedo, Las Casas, de cuantos han escrito sobre la conquista. Y encuentra su *auctoritas* en su peculiar autoría: entre la humildad y la arrogancia, se hace con una voz propia, caracterizada por su versatilidad, viveza, transparencia y libertad; amparada en su prodigiosa memoria. Aquellas cuatro cualidades se complementan con tres “afectos” narrativos que le aproximan a la novela y que en su día señaló Carlos Fuentes: el amor por la caracterización, por el detalle y por el chisme.<sup>2</sup> Le bastaba comparar su manuscrito con las demás versiones de la conquista para darse cuenta de la originalidad de sus memorias *in nuce*, de cómo podía transformar su probanza de méritos en crónica. Sabedor de que su obra escapa a los modelos, decide no dedicar su historia al Rey, sino ganarse a un público lector amplio, de quien requerirá atención constante, colaboración y connivencia.<sup>3</sup> El lector tendrá que colaborar muy activamente, pues las

---

<sup>1</sup> Otra cosa son los paralelos clásicos, como Tucídides, quien en su *Historia de la guerra del Peloponeso*, I, 22, pergeña una defensa de los soldados y una justificación de la crónica muy semejante a otras tantas de Bernal.

<sup>2</sup> En los tres sentidos, Fuentes (1990, 80-81) lo compara con Proust. Complétese con Cascardi (1982).

<sup>3</sup> Verbigracia: “Desde allí adelante nos llamaron teules, que es, como he dicho, o dioses o demonios. Y cuando dijere en esta relación teules en cosas que han de ser tocadas nuestra personas, sepan que se dice por nosotros” (XLVII).

constantes bifurcaciones del relato, en vez de distanciarle, lo involucran cada vez más, obligándole a memorizar detalles y recuerdos, nombres y situaciones. Entre otras cosas, porque cada anécdota, trivial o importante, parece contener un sentido profundo o prometedor, abrir expectativas narrativas interesantes en los siguientes capítulos. Cuando no es así, el propio Bernal se encarga de advertirnoslo y de justificarse:

Y porque ya estoy harto de escribir batallas . . . y a los lectores les parecerá prolijidad recitarlas tantas veces, ya he dicho que no puede ser menos, porque en noventa y tres días siempre batallábamos a la continua. Mas desde aquí adelante, si lo pudiese excusar, no lo traería tanto a la memoria en esta relación. (CLIII)

Pero una y otra vez vuelve a caer en lo mismo, porque el curso del relato de Bernal (el discurso de su vida, a la postre) es el deseo de representar libremente la totalidad de su experiencia, cuya contrapartida narrativa es tan original “cuento”. Una historia desaliñada, desconcertada, abierta, invertebrada, poco elegante, apartada de cualquier canon, pero que ofrece un mundo insospechado, minuciosamente atrapado en las redes del discurso. Y sensible y emotiva; tanto, que incluso las minucias narrativas (el caballo de Morla, las ciento catorce gradas, los productos del mercado, el indio pintor) se nos aparecen dignas de ser sabidas. Al igual que el *Quijote*, su originalidad no se ajusta a ningún modelo previo ni tiene descendencia directa.

Le vienen a borbotones los recuerdos, desbordan en seguida el corsé del primitivo memorial de guerras; se esfuerza por hacerlos simultáneos, por capturarlos, como si todos los hechos tuvieran la misma importancia, como si hubiesen sido elegidos con absoluto rigor. Y si no fuera por el guion o guiones que lo orientan, su libro se bifurcaría interminablemente: “¡Oh, qué había de decir sobre esta materia! Mas quedarse ha en el tintero y volveré a mi relación” (CCIX). Porque incluso algunos pequeños incidentes,

sin importancia para la historia, se narran y se retoman en los momentos más inesperados; se dejan en suspenso, creando un estimulante *ritardamento* narrativo, una tensión; se traen, en fin, catalépticamente o se anuncian prolépticamente. Vuelvo a insistir, por lo tanto, en que el mismo acto de recordar lo vivido, escribirlo y asumir la autoría de su originalísima obra acaba siendo el argumento, asunto y estructura de la misma, de ahí que sea de máximo interés que el editor moderno de la *Historia verdadera* dé cuenta de dicho proceso, sopesé y aquilate las variantes estrictamente textuales y, claro, haga la *enmendatio* pertinente.

### Fases de redacción

La primera primicia del tono y de las intenciones de la redacción de la posterior crónica es una carta al Emperador (del 22 de febrero de 1552) en que le informa de sus agravios, a pesar de los servicios prestados.<sup>4</sup> La carta no surtiría el efecto deseado, pues al año siguiente le vemos enfrascado en lo que con el tiempo será la presente crónica y que, en principio, fue un “memorial de guerras”. Como es bien sabido, lo que realmente impulsó a Bernal a transformar el bosquejo de memorial que estaría redactando los primeros años de la década de los cincuenta en la *Historia verdadera* fue la lectura de la *Historia* de López de Gómara (Zaragoza, 1552; reeditada en Medina del Campo, 1553): en el capítulo XVIII (lo transcribo abajo como anejo) nos da cumplida cuenta de la sensación que le produjo su lectura. Que no tenía intención en principio de meterse a cronista y redactar tan vasta obra parece confirmárnoslo que seguía redactando cartas suplicatorias a quien se terciase, como dice en el capítulo CCXII. Estas cartas y la anterior tienen un tono parecido al de los primeros capítulos de la *Historia* (aproximadamente,

---

<sup>4</sup> “Bien creo que se tendrá noticia de mí en vuestro Real Consejo de Indias y cómo he servido a Vuestra Majestad desde que era bien mancebo hasta ahora”(Cartas de Indias 45-47).

hasta el XVII), que debieron de sufrir pocas modificaciones respecto del primitivo “memorial”.

Será a partir del momento en que se erija como cronista rival de Gómara cuando, teniendo precisamente en cuenta la estructura de la crónica de éste como *aide mémoire*, modifique la de la suya y el planteamiento general del libro.<sup>5</sup> A la vista de la de Gómara, se decide a ser cronista, pero armado con la “retórica de la verdad”, labor que le ocupará, para la primera redacción, aproximadamente una década.<sup>6</sup> Con todo, en su *Historia* Bernal no sólo impugna sistemática y explícitamente a Gómara (a pesar de seguirlo estructural y genéricamente), sino también, implícitamente, a Las Casas, pues era un adversario más inquietante para el viejo conquistador, dado el papel que el dominico representó en la controversia legal sobre la institución de la encomienda.<sup>7</sup>

Concluida y enviada la traslación de 1568, Bernal añade folios: desde el 289r hasta el 296r: son los capítulos CCXIII-CCXIV, que no figuran en *M*, por haber sido remitido anteriormente, y sí, claro, en *G*: fueron escritos por el medinense en las postimerías de su vida y, suponemos, en un intento de ser exhaustivo, de rescatar progresivamente del olvido todos los sucesos y de erigirse a sí mismo como *auctor*, tal como arriba

---

<sup>5</sup> La brillante ponencia que en este mismo congreso ha presentado mi querido amigo Ángel Delgado lo ilustra amena e inteligentemente. Con todo, ya lo recordaba Iglesia (1940, 35): “le prestó [Gómara a Bernal] un precioso servicio, ayudándole a dar forma a su obra, a distribuir los capítulos, etc . . . Creo que Gómara no sólo estimuló a Bernal, sino que le sirvió de pauta en su relato”. Lo mismo dirá Anderson Imbert (1954) o Barbón (1966-67), que trae los ejemplos concretos. Greene (1974) compara las relaciones, y eventuales dependencias, entre las crónicas de Gómara, Cortés, Bernal, Aguilar y Tapia. Lo confirman Valcárcel (1989) y Graulich (1996). Lewis (1986) incluso dice que, a pesar de sus protestas, Bernal admiraría la claridad y simplicidad de Gómara; compárese con Adorno (1988, 240-242 y *passim*). En realidad, como todas las de la época, la de Bernal es una obra “nutrida de otras lecturas y en la que se destacan episodios de singular amplitud imaginativa” (Pupo-Walker 1986, 33).

<sup>6</sup> En Serés (1991) expliqué las fechas y demás asuntos atinentes.

<sup>7</sup> Ya lo observó Iglesia (1941) lo demostró Adorno (1988, 246-255) y lo confirmó Beckjord (1995) muy concretamente con el episodio de Cholula (cap. LXXXIII).

indicaba. Pero no hay que confundir este testimonio con el borrador redactado a partir del “memorial de las guerras”: *G* es una de las dos copia en limpio sacadas a partir del borrador original; la otra sería el manuscrito que sirvió de base a *M*. Aquella copia es la que presta a los “dos licenciados” citados en el capítulo CCXII. Por lo dicho, el segundo manuscrito, *M*, base de la edición *princeps* (Madrid, 1632), no se conserva, pero debía ser, obviamente, una copia autógrafa, o apógrafa, de la primera redacción de *G*. No sufrió “nuevas modificaciones” desde 1575, porque las enmiendas se iban incorporando desde antes. Así, desde 1568 —cuando acaba de trasladar el ms. *G*, modificándolo parcialmente— Bernal quiere convertir su relación en una “corónica” y que incluya, entre otras cosas, sus virulentos ataques a dichos historiadores. Abre al máximo su historia para que los lectores juzguen por sí mismos sobre la estilizada y convencional parquedad de las otras crónicas y el océano de la suya; sobre los hechos narrados y sobre el arte de la narración; sobre cómo el progresivo rescate memorístico de los *facta et dicta* avasalla los otros relatos. Porque la conciencia de que su manuscrito se comparará con las obras aledañas o afines es un rasgo esencial de la *Historia verdadera*.

El manuscrito *Alegría* (*A*), por fin, es la copia apógrafa que se anuncia al final de *G*, que se “acabó de sacar el 14 de noviembre de 1605 años” bajo la supervisión de Francisco Díaz del Castillo, hijo de Bernal. La más notable supresión es la del capítulo CX, pues el resto de variantes respecto de *G* son errores de copista; por ello el testimonio *A* sirve en más de una ocasión para poder leer algunos interlineados o tachaduras de *G*. Es también muy probable que se deban a Francisco Díaz del Castillo la supresión del capítulo CCXII bis y la nueva redacción del capítulo CCIII; estas dos últimas modificaciones coinciden con *G*. Bien es cierto que, a veces, es muy difícil separar en este último las enmiendas de Bernal y las de su hijo, pero para eso contamos con *M*.

De lo dicho se deduce que la decisión de “ofrecer como versión definitiva de una obra la reconstrucción, a través de

un texto adulterado, de un manuscrito original perdido es tarea peligrosa”.<sup>8</sup> Lo es, en efecto, porque se corren muchos riesgos, “no siendo el menor de ellos la aplicación con claridad meridiana de criterios muy concretos”, pues “los argumentos ‘fallos del impresor’ o ‘censura del editor’ son tan amplios, que salvo los casos en que se ve sin esfuerzo que en la composición del texto se pudo saltar un renglón . . . ambos criterios pueden explicar cualquier postura; tanto para incluir, como para no hacerlo, frases o palabras de GUA [G] en REM [M] y constituir así el texto restablecido”.<sup>9</sup> Pero hay que hacer la pertinente *emendatio* y proponer una *lectio*; ése es el deber del editor.

Esta *lectio* debe reflejar la progresiva redacción del libro, o sea, la idea que tenía Bernal de su labor. Y buena prueba de ello son las sucesivas fases de redacción y los millares de enmiendas recogidas en los dos grandes tipos de variantes.<sup>10</sup> Una y otras ilustran cómo adquiere Bernal la conciencia de estar escribiendo algo diferente, pero importante, a la vista de otras crónicas inmediatamente anteriores o contemporáneas, y acaban siendo la justificación del libro y de su vida, que a partir de un momento se identifican. Si don Quijote “leía” (“interpretaba”) el mundo para confirmar el libro, Bernal “lee” (esto es, evoca e interpreta) su vida para confirmar constantemente la necesidad de la escritura, del libro.

Por lo mismo, casi al final de su relato, en el capítulo CCXII, nos apunta uno de los posibles modelos que tuvo presentes al empezar a redactar su crónica, nada menos, que César:

<sup>8</sup> Rose (1999, 390).

<sup>9</sup> Barbón (1985, 6) No está muy lejos de Pereyra (1927, 416), que indicaba ajustadamente que “hay que cotejar de Madrid en 1632 con la de Méjico hecha en 1904 y 1905, para fijar un texto definitivo que, eliminando las interpolaciones de Remón, restituyendo los pasajes suprimidos y subsanando las adulteraciones, deje en pie sin embargo todas las variantes que puedan proceder indiscutiblemente de la copia corregida y autorizada por Bernal Díaz del Castillo”.

<sup>10</sup> Como se puede observar en el capítulo que incluyo al final. Las recojo en la edición crítica para la colección Biblioteca Clásica, núm. 39, dirigida por Francisco Rico, en fase conclusiva. Las líneas generales las di en Serés (1991).



El mismo Julio César, por su mano, hizo memoria en sus *Comentarios* de todo lo que por su persona guerreó; y así que no es mucho que yo escriba los heroicos hechos del valeroso Cortés y los míos y los de mis compañeros que se hallaron juntamente peleando . . . Lo que yo vi y me hallé en ello peleando, como buen testigo de vista, yo lo escribiré . . . muy llanamente, sin torcer a una parte ni a otra.<sup>11</sup>

Un poco más abajo, incluso nos recuerda que él y algunos de sus compañeros han participado en más batallas que el propio César, las enumera y pretende que haya “mucha fama dellos”. Por lo mismo, antes ha hecho hincapié en la necesidad de dejar constancia de la verdad y del valor de todos los soldados, pues

si yo quitase su honor y estado a otros valerosos soldados que se hallaron en las mismas guerras y lo atribuyese a mi persona, mal hecho sería y ternían razón de ser reprehendido; mas si digo la verdad y lo atestigua Su Majestad y su virrey, el arqués [Hernán Cortés] y testigos y probanzas, y la misma relación da testimonio dello ¿por qué no lo diré? Y aun con letras de oro había de estar escrito. ¿Quisieran que lo digan las nubes o los pájaros que en aquellos tiempos pasaron por alto? Y ¿quísolo escrebir Gómara ni Illescas ni Cortés, cuando escribía a Su Majestad?

Nuestro cronista, de este modo, asume la labor de sacar a la luz la historia no contada por Gómara, Illescas, Jovio o el mismo Cortés en sus *Cartas de relación*: la historia de los soldados como él, de los que nadie, ni su propio capitán, se

---

<sup>11</sup> Alude, claro, a los *Commentarii de bello Galico*. Las cualidades de su obra que quiere subrayar Bernal sí coinciden, en principio, con la de César: los escritos de ambos son sobrios, van derechos al asunto, apenas están provistos de ornamentación oratoria, etc. Véase Delgado Gómez (1993) y Turner (1993). Taylor (1982) analiza pormenorizadamente las principales claves del “discurso histórico” bernaldiano. Sobre la influencia de la historia de Roma en la historiografía indiana, González Rodríguez (1981).

ha ocupado. Los cronistas profesionales arriba citados, afirma, debieran haber hecho “relación en sus historias de nuestros esforzados soldados, y no dejarnos a todos en blanco, como quedáramos si yo no metiera la mano en recitar y dar a cada uno su prez y honra”.

### **El protagonismo progresivamente restringido**

Aun sirviéndole de guion, las crónicas de Gómara y afines también serán, irónicamente, un condicionante *a contrariis*, pues, antes de conocerlas, destaca Bernal cómo Cortés intimida y somete a unos caciques principales (XXXV); cómo, mediante un escopetero, convence a los aborígenes de que es un dios (XLIX); cómo disfraza a sus hombres para apoderarse de un navío (LX); cómo espía a Narváez haciendo creer que dos de sus soldados eran indios (XCV); incluso cómo conseguirá hacer prisionero a Narváez, vencer a una tropa cuatro veces superior y convertirlos en soldados suyos (CXVI-CXXIII). Varias veces le llama “sagaz y mañoso” (v. g., en el capítulo CXIX); en su boca pone palabras sacadas de libros de caballerías (CXXII) y en su persona parece darse la unión de los dos grandes conceptos tópicos de *fortitudo* y *sapientia*.

Pero después de ver la crónica de Gómara, que da un protagonismo casi exclusivo a Cortés, infravalorando a los “esforzados y valerosos capitanes y esforzados soldados como tenía” (CXXIX) y señalando que el relato de Gómara es para “sublimar a Cortés y abatir a nosotros”, inaugura un proceso de desmitificación. Consiguientemente, los mexicanos empiezan a tomar la iniciativa en ardidés y estratagemas.<sup>12</sup> Incluso Cortés demuestra “gran atrevimiento y mala consideración” al haber entrado en una calzada (CXLI). Progresivamente, los triunfos son más trabajosos, hay más heridos, etc. Las victo-

---

<sup>12</sup> “Y esto fue sobre cosa pensada y con un ardid que entre ellos tenían acordado, que fuera harto daño para nosotros si de presto no saliéramos de aquel pueblo e casas que estaban en tierra firme . . . Todos quedáramos ahogados, porque soltaron las acequias de agua dulce y salada y abrieron una calzada, con que de presto se hinchó todo de agua” (CXXXVIII).

rias de Cortés resultan ser, a veces, inesperadas (CL) y los mexicanos utilizan cada vez más estrategias y ardides; por ejemplo, para apoderarse de un bergantín en el capítulo CLI; en el siguiente, sesenta y seis soldados caen prisioneros, salvándose Cortés en el último momento. Se incrementa progresivamente el patetismo, y hasta el mismo Cortés llora creyendo que Alvarado y sus mejores capitanes han sido sacrificados; mientras, los mexicanos insultan e intimidan a los españoles. Más tarde (CLIII), la estrategia para asediar de nuevo la ciudad se la da un indio aliado, Cortés no toma la iniciativa.<sup>13</sup> Por si fuera poco, otros capitanes asumen los rasgos característicos de Cortés: Gonzalo de Sandoval (CLXII) y Pedro de Alvarado (CLXIV). Además, las expediciones exitosas las culminarán los capitanes; las de Cortés estarán plagadas de penalidades. La inconsciencia o falta de previsión del de Medellín lleva a los españoles a situaciones críticas (CLXXVI), mueren catorce hombres (CLXXIII-CLXXX), él se descalabra (CLXXVII) y, tras tantas penalidades, “tomó tanta tristeza, que luego comenzó al parecer a sollozar en su aposento” (CLXXXV). Mientras, los soldados al mando de Sandoval acaban desobedeciendo a Cortés, que “harto conquistados y perdidos” los traía (CLXXXVII). Finalmente, Bernal se cebará en otros “desastres de capitanes” (CXCIV-CXCV). Consecuentemente, el énfasis dado al valor, ingenio y astucia de Cortés (magnificado extraordinariamente por Gómara y sus secuaces) lo va sustituyendo progresivamente, diluyendo, repartiendo o “colectivizando”. Por eso mismo, quizá el capítulo más bello sea el CCV, donde Bernal evoca, uno por uno, los nombres y las vidas de cientos de soldados muertos, desordenadamente, sin respetar el grado, quizá porque dicho capítulo fuese un borrador para el memorial.

---

<sup>13</sup> “Señor Malinche, no rescibas pena por no batallar cada día con los mexicanos, sana de tu pierna, toma mi consejo, y es que te estés algunos días en tu real . . . porque están dentro en esta gran cibdad tantos mil xiquipiles de guerreros, que por fuerza comerán el bastimento que tienen . . . ? Y como Cortés aquello entendió, le echó los brazos encima y le dio gracias por ello, y con prometimiento que le daría pueblos”.

Aparte de justificar, con el ejemplo de César, su doble condición de cronista y soldado,<sup>14</sup> además de dar tanta relevancia al valor colectivo como al individual, la crónica responde a tres claros objetivos que intercala en su diálogo final con la Fama. Quiere declarar y explicar la magnitud de la empresa, el servicio a la Corona y la plena participación del cronista. Quiere hacer patente que, pese a tales hazañas, han recibido bien poca cosa en recompensa. La Fama, por fin, “me prometió . . . que por su parte lo proporná con voz muy clara y sonante a doquiera que se hallare”. O sea, le asegura que su esfuerzo como cronista no será vano, como parece haberlo sido el de su época de soldado; “y demás de lo que ella declarará, que mi historia, si se imprime, desde la vean e oigan la darán fee verdadera y escurecerá las lisonjas que escribieron los pasados”. El tercer gran objetivo de la Historia verdadera fue redactar “una relación como esta, que siempre ha de haber memoria de ella” (cap. I). También se lo confirma la Fama. Para ello utiliza tres fórmulas, siquiera coartadas: el criterio de lo visto y lo vivido, que le presta autoridad; el tópico de la falsa modestia para ganarse la benevolencia de los lectores, y el citado criterio de la fama, que convierte las acciones en paradigmas, inmortalizadas por la escritura.

En el plano moral, hay que apuntar en seguida que pretende que sea espejo de acciones militares y evangelizadoras, y de lealtades vasalláticas; las últimas seguramente aprendidas en las novelas de caballerías, donde la “aventura” del protagonista se basaba tanto en extender la *pax arturica* cuanto en afirmarse socialmente. En palabras más “realistas”, quiere ceñirse a unas directrices ideológicas acordes con el espíritu de la Conquista. En el plano historiográfico, aspira a que su

---

<sup>14</sup> La doble condición de soldado-cronista, sin la que no se entiende la crónica de Bernal, ha sido exhaustivamente estudiada, entre otros, por Savj-López (1928, 155-166), Pereyra (1941, 73-77) o Iglesia (1944, 75) quien incluso aprecia a partir de Bernal, Fernández de Oviedo y otros “un proceso de democratización en las crónicas”; también por L. A. Sánchez (1951, 630-638), Ghiano (1959, 58-73) y especialmente Molina Martínez (1984).

crónica sea imparcial y, por tanto, inmune a las “lisonjas” y no partidaria de favoritismos o protagonismos individuales. Esta doble condición la quiere imprimir en el propio título, *Historia verdadera*: “historia”, aquí contrapuesta a relato de ficción, novela o poesía; “verdadera”, porque no es partidaria o facciosa, ni afectada o adaptada a las convenciones y cánones genéricos.<sup>15</sup>

### Una historia verdadera

He ido repitiendo que la emulación de Gómara implica que ya en la segunda redacción cobra conciencia de su *status* de escritor, hasta el punto de llamar a su obra *Historia*. La elección del sustantivo no es gratuita, como tampoco lo fue para Fernández de Oviedo, fray Toribio Benavente o el padre Las Casas. Estos lo decían con propiedad, pues como apuntaba Vives en su *De ratione dicendi* (II, iii; en *De disciplinis*, I, ii, 5), la voz historia “trae su origen de la voz griega *istorien*, que suena como ‘ver’, como si el que narra hubiera visto y sido testigo ocular de lo que narra”. De modo que los historiadores serían “los que ven”, los “testigos de vista”, o “los que han oído”; razón por la cual se erigen en garantes de la verdad.<sup>16</sup> Si se aplica con rigor el método, no hay más historia posible que la contemporánea; como dice Tucídides, lo otro es poesía, épica o mitología. Del pasado también se ocupan los arqueólogos, filósofos y gramáticos. No otra cosa afirma Bernal, ingenua o documentadamente:

<sup>15</sup> En este sentido van los trabajos de Bataillon y O’Gorman (1955) y de Caillet-Bois (1960). Creo, sin embargo, que le atribuyen a Bernal un conocimiento excesivo de los cánones del cronista profesional. Para darse cuenta de los estratos narrativos y teóricos que van conformando la “poética” de los relatos de la literatura colonial, ver Torres (1995). De la otra opción teórica, que traza un continuismo entre la historiografía y las formas prenovelescas, se ocupa, entre otros, Ruiz Pérez (1993, 10-17). Cortínez (2000, 94-96) trae un resumen de las principales opiniones.

<sup>16</sup> La definición y distinción de *historia* como *videre* y, por lo tanto, como descripción de hechos presentes y de *annales* como narración de eventos remotos depende de Aulo Gelio, *Noctes Atticae*, V, 18; Servio *Ad Aeneidam*, I, 373; Isidoro, *Etymologiae*, I, 41 y 44. Ver Regoliosi (1991).

Yo, como no soy latino, no me atrevo a hacer preámbulo ni prólogo dello [de mi “historia”] . . . y para podello escrebir tan sublimadamente como es digno, fuera menester otra elocuencia y retórica mejor que no la mía. Mas lo que yo vi y me hallé en ello peleando, como buen testigo de vista, yo lo escrebiré, con el ayuda de Dios, muy llanamente, sin torcer a una parte ni a otra. Y porque soy viejo de más de ochenta y quatro años y he perdido la vista y el oír. (Prólogo de *A*)

Pero además, la de Bernal es una *Historia verdadera*. Esta a primera vista pleonástica denominación, reflejo genérico de la *narratio authentica*, en aquellos tiempos no sólo se aplicaba a las obras de referente o carácter histórico, sino también a otras: las caballerescas, pastoriles o bizantinas, que, a su vez, reflejaban y, en su caso, sublimaban hechos históricos. Incluso hay crónicas que en realidad son novelas históricas, como la *Crónica de don Rodrigo*, de 1511, que, como muchas otras, aparece con los primeros libros de caballerías y para satisfacer a un mismo público y gusto literario. Hay tres motivos para que en aquellos géneros pueda figurar el rótulo “historia verdadera”: el primero, porque no había en español una palabra que sirviera para distinguir la novela larga de la historia. El segundo, que dicha denominación genérica se aplicaba a aquellas narraciones ficticias con visos de verosimilitud, o sea, las *narrationes no fictae*, entre ellas, las citadas bizantinas. El tercero, porque los autores de dichos géneros novelescos, aun sabiendo que son historias fingidas, si se comparan con las crónicas verídicas, podían pasar por verdaderas al producir entre los lectores el mismo efecto que aquellas: admiración, ejemplaridad y deseo de imitación o emulación. Este valor didacticomoral fue un tópico esgrimido en muchos libros de caballerías (ya figura en el prólogo de Garci Rodríguez de Montalvo al *Amadís*)<sup>17</sup> y novelas bizantinas.

---

<sup>17</sup> Conviene recordar que Montalvo era regidor del ayuntamiento de Medina del Campo durante los mismos años en que lo fue el padre de Bernal.

Y si la primera intención de Bernal era redactar una prolija corónica a partir del memorial, va a acabar escribiendo una historia verdadera en todos los sentidos de la palabra,<sup>18</sup> pues ha sido testigo de vista e informante, es una narración larga, refleja los principales hechos del descubrimiento y conquista de México y otras regiones limítrofes, y se presenta a sí mismo y a sus compañeros (en menor medida a los jefes) como personajes modélicos de una historia verdadera quasibizantina, o sea, como un grupo de hombres que, merced a su *peregrinatio* y tras muchas aventuras, alcanzaron el doble propósito moral: engrandecer el Imperio y llevar la fe a Ultramar. Tampoco es desdeñable el componente épico, cifrado aquí en la intervención divina, que legitima a su vez el historiográfico y el denominado “bizantino”. El modelo inicial que pretende adoptar, ya lo he dicho arriba, es César, pues las características de su obra coinciden parcialmente con los *Comentarii de bello Galico*: los escritos de ambos son sobrios, van derechos al asunto, apenas están recreados retóricamente, etc. Incluso puede que tuviese a la vista las *Décadas* de Tito Livio, donde el historiador de Roma hace una defensa a ultranza de la *oratio recta* y del estilo *humilis*.

Muchos modelos pudo conocer el de Medina; especialmente cuando al final de la obra Bernal dialoga con la Fama y recoge los tres objetivos “historicoverdaderos” centrales: la magnitud de la empresa, el servicio a Dios y a la Corona y la plena participación del cronista. El principal propósito, no obstante, ya lo ha indicado al principio: redactar “una relación como esta, que siempre ha de haber memoria della” (cap. 1). Con lo cual se nos presenta ejemplarmente en los dos terrenos que, según los antiguos, debían ir estrictamente unidos: el moral y el historiográfico. En el primero, porque pretende que su crónica sea un *speculum* (“espejo mo-

---

<sup>18</sup> Sobre las distinciones apriorísticas de las estructuras narrativas de los anales, la crónica y la historia, véase White (1978), Pupo-Walker (1982, 71-79) trae y aplica los principales textos teóricos y preceptivas historiográficas contemporáneas, como la de Cabrera de Córdoba o de Jerónimo de San José.

ral”); en el segundo, porque la quiere imparcial, inmune a las lisonjas (al contrario de Gómara, que alaba demasiado a Cortés) y lejos de protagonismos individuales: hay un personaje colectivo, los soldados, por encima de Cortés, o a su lado. Con su correlato retoricopoético, basado en una defensa de la claridad y la *perspicuitas*:

Bien tengo entendido que los curiosos letores se hartarán de ver cada día tantos combates, y no se puede menos hacer, porque noventa y tres días estuvimos sobre esta tan fuerte y gran ciudad . . . y no los pongo por capítulos de lo que cada día hacíamos, porque me pareció que era gran prolijidad y era cosa de nunca acabar, y parecería a los libros de *Amadís* o caballerías. (CLI)

Sin embargo, no por ello puede dejar su función de historiador-testigo exhaustivo; debe narrar pormenorizadamente todo lo evocado, incluidos diálogos, anécdotas, catálogos detallados de naves, caballos, provisiones; semblanzas de los principales soldados españoles y de los aztecas, batallas, estados de ánimo y un largo etcétera. De este modo singulariza su crónica, haciendo que todos los detalles (heroicos, cotidianos, nimios, extraños) sean pertinentes. Lo interesante de la *Historia verdadera* “es la alternancia entre las batallas que se narran . . . y la enorme miscelánea de asuntos que se incluye, desde los productos del mercado de Tenochtitlán hasta el precio de un caballo”.<sup>19</sup> Así construye en vasto panorama en el que todo resulta memorable, más allá (o más acá) de lo que importaría incluir en una relación convencional o importaría al monarca o al Consejo de Indias. Bernal pretende abarcarlo todo, compilando un conjunto de recuerdos desordenados que encierra una verdad distinta de la del discurso histórico convencional. Con ello, además, no sólo cumple con el obligado carácter histórico de la obra, sino con el adjetivo *verdadera* del título, pues las técnicas retóricas de ampliación tam-

---

<sup>19</sup> Cortínez (2000, 115).



bién se empleaban para darle veracidad a la historia fingida, para hacerla pasar por verdadera, como muy bien sabían, por ejemplo, Cieza de León, Blas Varela o Álvar Núñez Cabeza de Vaca.<sup>20</sup> Incluyendo todos aquellos detalles poco pertinentes, conseguía, además, que no se cansase o aburriese el lector: una de sus grandes preocupaciones, como se puede ver en las constantes apelaciones al “curioso lector”.

No se planteó, sin embargo, el título y el calificativo de “verdadera” desde el principio,<sup>21</sup> sino cuando estaba redactando, aproximadamente, el que luego sería capítulo XVIII; entonces caen en sus manos “las mentiras de Gómara”, y decide ceñirse estrechamente a los hechos; al menos, eso es lo que dice. O sea, sabiéndolo o no, toma partido en la conocida controversia entre los testigos oculares y los que escriben por relación o de oídas, como Pedro Mártir o Pérez de Oliva.<sup>22</sup> Se siente —o finge sentirse— espoleado precisamente por las desviaciones de la verdad contenidas en la *Historia general de las Indias* y, especialmente, en la *Historia de la conquista de México*, de Gómara.<sup>23</sup> Lo que no obsta para que, algunas veces, siga el texto de éste (como arriba vimos), o para que,

<sup>20</sup> Sobre la conexión o combinación de elementos narrativos de diversas procedencias, muy bien ensamblados en las crónicas de Indias, que funcionan a modo de cañamazo, véanse entre otros Pupo-Walker (1982, 29-38 y *passim*).

<sup>21</sup> Gracia Calvo (1986) estudia los motivos personales que, cree, llevaron a Bernal a presentar su crónica con un cariz historicista.

<sup>22</sup> Fernández de Oviedo, por ejemplo, acusa a Pedro Mártir de Anglería de no haber visto lo que cuenta en sus *Decades de orbe novo* (1530); él, en cambio, no escribe “de autoridad de algún historiador o poeta, sino como testigo de vista en la mayor parte de cuanto aquí trataré. Y lo que no hubiere visto, dirélo por relación de personas fidedignas, no dando en cosa alguna crédito a un solo testigo, sino a muchos en aquellas cosas que mi persona no hubiere experimentado” (*Historia general y natural de las Indias*, I, 1).

<sup>23</sup> Hay que decir, no obstante y en su descargo, que sobre el pobre Gómara ha pesado excesivamente la acusación de Bernal, hasta el punto de que algunos cronistas que siguieron al de Medina imputan a Gómara errores o falsedades en las que no incurrió. Por ejemplo, Solís, con ocasión de rebatir a Herrera, “remonta” la corriente de influencias cronísticas hasta llegar a Bernal —pasando, alternativa o conjuntamente, por Cortés, el mismo Gómara, Fernández de Oviedo, Acosta, etc.; véase López Lira— (1945, 267) y, consecuentemente, ataca a Gómara: “Pudo tomarlo [Herrera]

otras, vaya más allá incluso de la estricta verdad y se conceda a sí mismo y a sus compañeros sin responsabilidad de mando excesivo protagonismo.<sup>24</sup>

Con todo, el protagonismo que se otorga a sí mismo no es tan excesivo.<sup>25</sup> Pero da la casualidad de que Bernal, además de citar a todos los soldados que recuerda, también aduce ejemplos de la Antigüedad (César, Alejandro, Aníbal) o de los tiempos modernos (el Gran Capitán) para referirse a Cortés. Es decir, no descuida los mínimos preceptos del género y no por ello deja de decir la verdad ni de ensalzar el valor colectivo; o al contrario, pues menudean confesiones como ésta: “Como el oro comúnmente todos los hombres lo deseamos, y mientras unos más tienen, más quieren” (cap. CVI), sin perjuicio de que uno de los motivos de haberla escrito fuera el resentimiento ante la injusticia que con los “viejos conquistadores” se había cometido.

Porque, efectivamente, es innegable que anida en Bernal un deseo de notoriedad, nombradía y recompensa que pretende satisfacer con la crónica. Pero no lo es menos que su obra se demuestra más cercana de la verdad y, en fin, del género histórico (entendido a la manera de César) de lo que lo pueda estar la de Gómara o seguidores. Su origen marca narrativa, estilística y estructuralmente, la relación, especialmente su primera parte; pero también, y es lo que ahora nos interesa, genéricamente. Para el lector moderno, las confesiones de Bernal sobre sus limitaciones no restan autoridad a su histo-

---

de Francisco López de Gómara, a quien suele refutar en otras noticias; pero Bernal Díaz del Castillo, que se halló presente, y Gonzalo Fernández de Oviedo, que escribió por aquel tiempo en la isla de Santo Domingo, no hacen mención . . .” (Solís, *Historia*, I, 31-32).

<sup>24</sup> Algunas contradicciones así nos lo hacen suponer; por ejemplo, se desmiente a sí mismo cuando, por una parte, afirma en el capítulo LVIII que la decisión de “dar al través” las naves fue colectiva y, por otra, en el capítulo LXIX, hace decir a lo contrario a unos soldados descontentos.

<sup>25</sup> “Si yo quitase su honor y estado a otros valerosos soldados que se hallaron en las mismas guerras y lo atribuyese a mi persona, mal hecho sería y ternían razón de ser reprehendido; mas si yo digo la verdad y lo atestiguo Su Majestad y su virrey, el marqués y testigos y probanzas, y la misma relación da testimonio dello ¿por qué no lo diré?” (CCXII).

ria; al contrario, la transforman en una historia veraz. Lo sabe y acaba asumiendo como estrategia narrativa la detallada transcripción de sus recuerdos; nada mejor para quien pretende escribir la verdadera historia de la conquista. ¿Cómo dudar de quien recuerda tantas cosas y tan nimias? Afirma una y otra vez que él estuvo presente en todas las acciones. Ambos factores, el testimonio directo y la proximidad de los hechos narrados caracterizan la crónica.

No es difícil que conociera el paso que se da, durante el siglo XV, del concepto de “crónica general”, a la manera alfonsí, a la “crónica de hechos particulares”, tal como se puede ver en las semblanzas de Pérez de Guzmán o de Pulgar, en los relatos de viajes, como los de Pero Tafur, o en las narraciones des sucesos o biografías novelescas, como *El paso honroso*, de Suero de Quiñones, o *El Victorial*, de Gutierre Díez de Games. Lo confirma Pérez de Guzmán, que, para ser digno de fe, recomienda al cronista “sea presente a los principales e notables abtos de guerra e de paz”, o que reciba la información de “personas dignas de fe e que hobiesen seído presentes a los fechos”.<sup>26</sup> Por este mismo motivo se apoya Bernal, como garantía y para testificar los hechos que él no pudo presenciar, en una persona digna de fe: Hernán Cortés, que también escribió sus *Cartas y Relaciones*: “y de ello era buen testigo el muy esforzado y valeroso capitán don Hernando Cortés . . . que hizo una relación . . . y por probanzas bastantes” (Prólogo de *M*). Porque si no se tienen en cuenta aquellos requisitos, sigue diciendo Pérez de Guzmán, “¿qué fruto reportarían de tantos trabajos . . . si la fama fuese a ellos negada e atribuida a los negligentes e viles, segunt el albedrío de los tales, no estoriadores, mas trufadores [‘mentirosos’]?”. Teniendo en cuenta este contexto podemos comprender mejor la noción de fama que tiene Bernal, no muy alejada de la de Pérez de Guzmán.<sup>27</sup>

<sup>26</sup> Ver Adorno (1997).

<sup>27</sup> “Así ruego a los que la presente Crónica leyeren quieran dar fe a lo que en ella se escribe, porque de lo más soy testigo de vista; e para lo que ver no pude, hube muy cierta y entera información de hombres prudentes muy dignos de fe” (*Generaciones y semblanzas* 5-7).

## **El contenido y la estructura: la vida y la escritura**

Nos las habemos con la exposición de unos hechos históricos narrados por un soldado directamente implicado en la narración, que en su día, unos veinticinco años después, se creyó obligado, o simplemente quiso, como buenamente supo y le permitió su memoria, recogerlos en forma de memorial de guerras y, paulatinamente, a lo largo de toda una vida, convertir el viejo memorial en una crónica. Así, el contenido de la obra difícilmente puede separarse de los objetivos que se propone conseguir con su relato o del discurso mismo. Análogamente, estará muy relacionado con la técnica narrativa (marcada por su origen y al albur de la capacidad de evocación del narrador) y, obviamente, con el estilo llano o *sermo humilis*, pues es el que mejor se aviene con “esta verdadera y notable relación”.

De este modo, el asunto principal y el tema coinciden punto por punto con las circunstancias biográficas que le impulsaron a escribir la crónica y que también he recordado arriba. La estructura, tripartita, está asimismo condicionada por aquéllos. En la primera parte cuenta su participación en los viajes previos desde La Habana al Yucatán (1517-1518). La segunda sección del libro, la conquista misma, empieza con la tercera expedición de Bernal, en 1519, bajo Cortés, e incluye la marcha hacia México, la conquista, la huida durante “la Noche triste”, la vuelta y reconquista de la ciudad, en 1521. En la parte final describe el viaje a Honduras, la vuelta y el cambio de situación de las encomiendas de los conquistadores y otros detalles de la colonización y gobierno de la Nueva España, hasta 1568. Por lo mismo, en el capítulo CCX nos recuerda, sin solución de continuidad, que en 1568 está “trasladando esta relación”, como si fuera la culminación natural de vida.

La articulación de dicho contenido no es, evidentemente, paritaria o equilibrada. Y no lo es sólo por la mayor o menor importancia que pueda darle nuestro cronista a las que según él son grandes cuestiones, que hacen que se demore en ciertos pasajes considerados importantes, sino que también está con-

dicionada ya sea por el protagonismo que en cada momento haya tenido, ya porque le interese en mayor o menor medida que se ventilen ciertas cuestiones, ya por la misma limitación memorística, ya, en fin, porque en otras tantas ocasiones refiere hechos de oídas. Todo ello hace que la estructura se caracterice por la falta de unidad (en ningún caso negativa), o sea, por la fragmentación en pequeñas unidades narrativas, un capítulo o una serie, que contienen una selección de hechos cuyos elementos en común van variando conforme avanza el libro. Por otra parte, la longitud misma de los capítulos también es muy variable: desde la brevedad de los iniciales (muy cercanos aún a los ítem de un memorial de guerras) hasta los prolijos centrales o finales, en los que da la impresión de que se le agolparan los recuerdos de agravios, o buscarse en su memoria testigos y situaciones concretas que probaran sus legítimas demandas.

Consigue con todo ello una especie de “inmediatez narrativa” (la célebre *evidentia*) que, además de denotar veracidad, testimonia la presencia del cronista.<sup>28</sup> El aluvión de recuerdos le fuerza a presentar acciones como simultáneas y muchas veces dotar a la narración de una primera persona del plural que se aviene muy bien con el deseo de redactar una suerte de épica colectiva y con el propósito de mantener la doble condición de soldado y cronista. Ambas condiciones le sirven también para disculparse, sagazmente, de no poseer el don de la ubicuidad que parecen tener los profesionales de la historia y para subrayar su condición de testigo.<sup>29</sup> Esta modalidad narrativa, tomada en parte de los libros de caballerías (sin confesarlo), es más apta para presentar *facta* (o *res gestae*) que *dicta* (*res gestarum*), como ya lo indicaron, por ejemplo, Cicerón (*De oratore*, II, 36) o Juan Luis Vives (*De ratione dicendi*, III, iii), o sea, para la

<sup>28</sup> “¡Saber agora yo decir con qué rabia y esfuerzo se metían en nosotros a nos echar mano, es cosa de espanto! Porque yo no lo sé aquí escribir, que agora que me paro a pensar en ello es como si agora lo viese y estuviese en aquel trance e batalla” (CLII).

<sup>29</sup> “Y porque en una sazón acontecían tres y cuatro cosas, no puedo seguir la relación y materia de lo que voy hablando por dejar de decir lo que más viene a propósito” (LV).

narración propia de un soldado: “agora que lo estoy escribiendo se me representa todo delante de los ojos”.

Todo ello sin renunciar a nada que le pueda ser útil, como las interpolaciones de pequeños relatos o anécdotas, con el uso del presente histórico y con los nexos verosimilizantes de la técnica de entrelazamiento, propias de los libros de caballerías: “volviendo a nuestra materia”; “. . . Dejemos de hablar de ello hasta que vuelvan con la respuesta” (CXLV), de los que es un consumidor lector.<sup>30</sup> O el uso de prolepsis o anticipaciones, cuando la acción referida del presente narrativo es decisiva para el futuro de la historia, o, simplemente, por la existencia de acciones simultáneas. Semejante es la justificación de la analepsis o retrospectión.<sup>31</sup> Muy emparentados son las desviaciones cronológicas o anacronías, el ritmo narrativo o la alternancia de los diversos movimientos narrativos: escena, resumen, elipsis y pausa.

Otro escollo difícil de superar es la narración de hechos simultáneos, por la obligada linealidad del discurso. Por ejemplo, en un paso del capítulo CXLIV describe el enfado de Cortés con los aliados indígenas; una vez ha seleccionado lo más importante de la escena de que fue testigo, se traslada a otro lugar:

Y Cortés les dijo con nuestras lenguas . . . algo enojado, que eran dinos de muerte por encomenzar la guerra; mas pues que han venido de paz, que vayan luego al otro peñol . . . si no, habíamos de ir sobre ellos y ponelles cerco hasta que se mueran de sed . . . Y luego fueron a los llamar así como se los mandó. Dejemos de hablar en ello hasta que vuelvan

---

<sup>30</sup> Sobre la técnica narrativa de las novelas de caballerías ver Weber (1967, 35-36); del “entrelazamiento” se ocupa, entre otros, Fogelquist (1982, 113-139).

<sup>31</sup> “Es menester volver muy atrás de nuestra relación para que bien se entienda. Ya he dicho en el capítulo que dello habla cómo Cortés envió a Cristóbal de Olí con una armada a lo de Honduras, y se alzó . . . y como ya había hecho relación dello a Su Majestad, como dicho tengo, en la carta que le escribió . . . En aquella sazón había venido de Castilla a México un caballero” (CLXXIII).

con la respuesta. Y digamos cómo estando platicando Cortés con el fraile Melgarejo . . .

Nótese que Bernal, literalmente, espera que vengan con la respuesta como si se hallase realmente presente: se inmiscuye, revive de tal modo la acción, de forma tan inmediata, que nos hace partícipes, nos sitúa a nosotros, lectores, en su meollo. Dicha técnica comporta varias características más. Permite, por una parte, presentar dos acciones simultáneamente: el cronista, a renglón seguido, refiere la conversación de Cortés con el fraile y con “el tesorero Alderete” sobre cuestiones que tienen que ver con España y con el Emperador. Por otra, facilita en grado sumo la narración en primera persona del plural, o sea, el punto de vista colectivo, la presentación de los soldados como grupo homogéneo; pero, además, esta técnica narrativa también permite que, en otra medida, el lector se incorpore fácilmente a lo narrado. Otra ventaja que cabe destacar es que le permite mostrarnos muchos más detalles, reconstruir, si no todos, sí la mayor parte de eventos que tuvieron lugar simultáneamente o que él logra hacer simultáneos de este modo. Esta concurrencia de acciones sincrónicas le presta mayor verosimilitud a su *Historia*, o sea, sirve a dos de sus propósitos principales: reconstruir la verdad y subrayar el protagonismo colectivo. Cuando puede, utiliza este argumento para atacar a Gómara:

Y como entre nosotros había caballeros y soldados, tan excelentes varones y tan esforzados y de buen consejo, que Cortés ninguna cosa decía ni hacía sin primero tomar sobre ello muy maduro consejo y acuerdo con nosotros, puesto que [aunque] el coronista Gómara diga “hizo Cortés esto, fue allá, vino de acullá”; y dice otras tantas cosas que no llevan camino. Y aunque Cortés fuera de hierro, según lo cuenta el Gómara en su historia, no podía acudir a todas partes; bastaba que dijera que lo hacía como buen capitán (cap. LXVI).

La posibilidad de intercalar o articular pequeñas narraciones, escenas o anécdotas en el curso de la narración principal, sin que por ello pierda coherencia el relato en su conjunto, también se ve favorecida por esta técnica de la simultaneidad narrativa, de suerte que la crónica se constituye en una especie de *work in progress*, al hilo de lo que va recordando en cada momento. En el capítulo CLIX, por ejemplo, a la par que refiere el afán de Cortés por recoger todo el oro posible para hacer un “tiro . . . para enviar a Su Majestad”, no descuida recordarnos que con anterioridad el oro había sido robado por Jean Fleury a Alonso de Ávila; pero

dejemos de cuentos viejos, que no hacen a nuestra relación, y digamos todo lo que acaesció a Gonzalo de Sandoval y a los demás capitanes que Cortés había enviado a poblar las provincias por mí ya nombradas, y entretanto, acaba Cortés de mandar forjar el tiro e allegar el oro para enviar a Su Majestad.

O sea, deja suspendida la narración de la confección del regalo para el Emperador (¡tiene tiempo!, el que tarde en disponerse el “tiro”) para narrarnos otras vicisitudes que le urgen; ¿por temor a que se le pierdan de la memoria? Probablemente. En el ínterin, pues, mientras trabajan los herreros y orfebres, aún le queda un hueco temporal para hacer un inciso, con permiso del lector, en la línea argumental o cronológica, para llenar una laguna anterior. Así, pues, además de intercalar una narración dentro de otra, aprovecha que la acción narrada en presente histórico (la confección del “tiro”) se alarga para atar los cabos sueltos que ha ido desplegando: la definición de recordar como “revivir” alcanza en Bernal de este modo una literalidad asombrosa. Como podemos comprobar, consciente o inconscientemente, natural o afectadamente, maneja como quiere el *tempo* narrativo; en general, el presente histórico para la intrahistoria, el indefinido o el imperfecto, para la Historia.<sup>32</sup>

<sup>32</sup> En ocasiones, incluso se preocupa de que coincidan el presente histórico con las unidades narrativas: “y dijeron que otro día vernían todos



Dichas fragmentación, selección<sup>33</sup> y articulación de narraciones que propician la “inmediatez narrativa” (o sea, la *evidentia* latina o *energeia* griega) y el atinado uso del presente histórico proporcionan al texto de Bernal, aunque pueda parecer paradójico, gran eficacia narrativa. Su prosa es mucho más ágil, por ejemplo, que la lenta y morosa de los libros de caballerías:

no los pongo [los combates] por capítulos de lo que cada día hacíamos porque me pareció que era gran prolijidad, y era cosa de nunca acabar, y parecería a los libros de *Amadís* o caballerías; y porque de aquí adelante no me quiero detener en contar tantas batallas y reencuentros que cada día pasábamos, lo diré lo más breve que pueda. (CLI)

También es más ágil y eficaz que la de las crónicas convencionales, en las que todo se pone al servicio de la cohesión interna y de la unidad formal y temática, encorsetando en consecuencia el contenido y haciendo que la narración se convierta en una suerte de efemérides, o de anales; cuando no, se sacrifica la sucesión cronológica a la unidad de contenido; tal como hacen, entre otros, el propio López de Gómara, Cervantes de Salazar, Herrera y Tordesillas o Antonio de Solís.

Estos recursos también le permiten incorporar diálogos en estilo indirecto en cualquier momento de la narración, lo que le presta una flexibilidad inusitada a su prosa. Lo que no impide que, cuando lo crea conveniente, los reproduzca en estilo directo; por ejemplo, transcribe el emocionado discurso del aindiado Guerrero:

---

y traerían un presente y hablarían en otras cosas, y así se fueron todos muy contentos. Donde los dejar, agora, hasta otro día” (XXXV).

<sup>33</sup> Selección a veces tan rigurosa, que le lleva a expurgar deliciosos, comprometidos o importantes fragmentos que él considera irrelevantes o irrespetuosos. Por ejemplo, el del capítulo CXCIV, un libelo contra Cortés: “-¡Oh, fray Hernando, provincial!, / más quejas van de tu persona / delante Su Majestad, / que fueron del duque de Arjona / delante su general’. E deajo yo de escrebir aquí otros cinco renglones que le pusieron, porque no son de poner de un capitán tan valeroso como Cortés”.

Y como le leyó las cartas, el Gonzalo Guerrero le respondió: “hermano Aguilar, yo soy casado y tengo tres hijos, y tiéname por cacique y capitán cuando hay guerras; íos vos con Dios, que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. ¿Qué dirán de mí desque me vean esos españoles ir desta manera? E ya veis estos mis hijitos cuán bonicos son. Por vida vuestra, que me deis desas cuentas verdes que traéis para ellos, y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra”. (XXVII)

No se acaba aquí la habilidad de Bernal, pues en más de una ocasión alcanza a intercalar dramatizaciones a partir de modelos literarios conocidos. Célebre es el pasaje en que la sagaz doña Marina, para sonsacar a una anciana tlaxcalteca, se las urde al “celestinesco modo”:

E como la entendió la doña Marina, y en todo era muy avisada, la dijo: “¡oh, madre, que mucho tengo que agradeceros eso que decís! Yo me fuera agora con vos, sino que no tengo aquí de quien me fiar para llevar mis mantas y joyas de oro, que es mucho. Por vuestra vida, madre, que aguardéis un poco vos y vuestro hijo, y esta noche nos iremos, que agora ya veis que estos teules [‘españoles’] están velando y sentirnos han”. Y la vieja creyó lo que le decía y quedose con ella platicando. (LXXXIII)

En ningún caso teme que dicho recurso le quite ni una pizca de credibilidad, porque previamente se ha ganado la confianza del lector.

### **Los modelos novelescos**

Bernal bien pudo conocer las novelas bizantinas, aquellas “historias verdaderas” que, sabido es, se nutrían de la mayoría de los componentes narrativos citados: históricos, épicos, caballerescos, y a los que en cierta medida acabó reemplazando. No figura en el libro de Bernal la central e indispensable historia de amor, pero sí el resto: verosimilitud, unidad y decoro;

además, causa admiración por lo extraordinario de sus lances y lo variado de sus aventuras. La obligada *peregrinatio* central y el sentido moralizante que debían contener estas novelas bizantinas en su segunda época se aviene perfectamente con la de los conquistadores. Y así como la bizantina acabó ocupando el lugar de la caballerescas, por parecidos motivos, aunque con diferente propósito, el rótulo “historia verdadera”, con que se adornaba habitualmente dicha novela, se acabó imponiendo en la de Bernal; el tono de algunos pasajes nos lo confirma.<sup>34</sup>

Nos las habemos, así, con una narración que refleja e ilustra la evolución de una crónica (con referentes clasicistas) a una suerte de novela bizantina, taraceada con elementos de la épica y tamizada con técnicas caballerescas, porque así lo requerían los nuevos vientos contrarreformistas y por presentarse al lector como una víctima del devenir histórico, como soldado heroico, caballero cruzado y peregrino.<sup>35</sup> Con todo, lo más novedoso es que articule la narración en primera persona (no en balde, su origen es un memorial), por lo que, *de facto*, el relato de Bernal, genéricamente, está más emparentado con la novela picaresca.<sup>36</sup>

Partamos de que Bernal lo hizo para asegurarse la credibilidad del relato, para dar mayor sensación de veracidad o, al menos, de verosimilitud, alternando, con el mismo fin, con el “nosotros”. Sin embargo, dicho propósito parece que debiera surtir el efecto contrario, pues, *velis nolis*, está personali-

---

<sup>34</sup> “Aventuramos nuestra vidas, así por la mar, descubriendo tierras . . . de día y de noche batallando . . . y después que las [provincias] tuvimos pacificadas y pobladas de españoles, como muy buenos y leales vasallos servidores de Su Majestad, con mucho acato se las enviamos dar y entregar . . . Y pues tantos bienes . . . han redundado dello y conversión de tantos cuentos [‘millones’] de ánimas que se han salvado y de cada día se salvan . . . Y demás desta santa obra, tengan atención a las grandes riquezas que destas parte enviamos” (cap. 1).

<sup>35</sup> Para el trasvase ideológico de las nociones de “caballero”, “guerre-ro”, “conquistador” e incluso “cruzado”, ver Adorno (1989, 218), donde subraya especialmente que “the conquistador of the 1520s and 1530s was far removed from the chivalric Castilian *caballero* of the Reconquest”.

<sup>36</sup> Véanse Zahareas (1988) y Cortínez (2000, 138-169).

zando la narración, pasando por el filtro del “yo” la realidad. En principio, parece una paradoja: Bernal no debería haber narrado desde el “yo”, pues se le supone la honestidad del historiador. Pero a tenor de lo dicho arriba sobre el deseo de desnudez narrativa y del siempre recordado afán de ser verdadero, salta a la vista la argucia narrativa: la llaneza de estilo, la inmediatez con que vivió los hechos y la humildad con que se nos presenta en su condición de soldado y cronista quiere hacerlas pasar por sinónimo de verdad, como ya advirtió Antonio de Solís. O al revés: equipara la elevación de estilo y la distancia del cronista profesional con la deformación de la realidad histórica, para sugerir que, puesto que él, Bernal, no utiliza un estilo *sublimis* y lo tuvo todo “delante de los ojos” (*evidentia*), no se aparta de la verdad.

La otra gran paradoja es que las citadas humildades, en la virtud y en la retórica, de que hace gala no condicen con el deseo de alabanza que impregna todo el libro. Pero, curiosamente, dicho afán también está implícito en el nacimiento de la novela moderna, o sea, en el *Lazarillo*. Y no quiero sugerir que Bernal se ciña a este modelo, ni siquiera que lo conociera, sino que, casual o causalmente, para justificar y autorizar su obra y legitimar la fama que se le debe echa mano del mismo procedimiento:

—¡Oh, excelente y muy sonante Fama, y entre buenos y virtuosos deseada y loada, y entre maliciosos y personas que han procurado oscurecer nuestros heroicos hechos no querrían ver ni oír vuestro tan ilustrísimo nombre, porque nuestras personas no ensalcéis como conviene! (CCX)

Pero no hay contradicción entre ambos extremos, ni en la picaresca ni en la *Historia* de Bernal, pues la presentación humilde, en primera persona, y el deseo de alabanza son estrictamente complementarios. Y ya hemos ido viendo que el alcanzar el estatus de *auctor* es uno de los temas centrales, si no el principal, de la obra de Bernal. Además, el “yo” le venía como anillo al dedo para la *captatio benevolentiae*

de un público acostumbrado a los estilos sublimes de campanudos cronistas, y para amenizar el relato: “Y esto digo . . . para que conozcan que son verdaderas, para que se sean aceptas y tomen melodía en las leer” (Prólogo).

La primera persona también presta verosimilitud en tanto que, lejos de presentar un relato acabado o cerrado, manifiesta una visión del mundo no definitiva, inconclusa: la *Historia* para el soldado y cronista Bernal es un *morceau de vie*: al interponer el “yo” entre la narración y el lector está demostrando que aún vive las consecuencias de aquellos hechos: la sombra de lo narrado se alarga hasta el angustioso presente, con lo que consigue dramatizarlo, a veces con vehemencia:

Verán que ningunas escrituras que estén escritas en el mundo, ni en hechos hazañosos humanos, ha habido hombres que más reinos y señoríos hayan ganado como nosotros, los verdaderos conquistadores, para nuestro rey y señor . . . y digo otra vez que yo, yo y yo, dígolo tantas veces, que soy el más antiguo y lo he servido como muy buen soldado a Su Majestad. (CCX)

Tampoco hay que olvidar que la primera persona, al acercar el personaje al lector y transmitirle su propia visión del mundo, lo hace más indulgente con sus yerros. Esta modalidad narrativa también le permite alternar la narración de hechos heroicos con la de los detalles más insignificantes, y dar entrada a la ironía, de la que es un maestro consumado.

Aquí es donde dice Francisco López de Gómara que salió Francisco de Morla en un caballo rucio picado, antes que llegase Cortés con los de caballo, y que eran los santos apóstoles Señor Santiago, o Señor San Pedro . . . Pudiera ser que los que dice el Gómara fueran los gloriosos Apóstoles Señor Santiago o Señor San Pedro, e yo, como pecador, no fuese dino de lo ver. Lo que yo entonces vi y conocí fue a Francisco de Morla en un caballo castaño, que venía juntamente con Cortés, que me parece que agora que lo estoy

escribiendo se me representa por estos ojos pecadores toda la guerra segund y de la manera que allí pasamos. E ya que yo, como indino, no fuera merecedor de ver a cualquiera de aquellos gloriosos apóstoles. (XXXIV)

Al igual que Lázaro, en fin, empieza por el final, llevándonos directamente al núcleo de la cuestión, pues como el de Lázaro, el de Bernal es, en principio, un informe o relación que redacta un hombre sobre sí mismo: quiere dar “entera noticia . . . desde el principio” de su “caso” para que se comprenda su situación actual. Por ello, ambos prefieren una relación *ex ovo* que subraye la veracidad de su “caso”. ¿Qué, si no esto, pretende Bernal Díaz, asimismo desdoblado en soldado y cronista, en testigo y abogado?

Con todo, lo más curioso es que cada lance histórico o biográfico, cada hito tiene su correspondencia genérica particular, a resguardo siempre del “yo” narrativo. O sea, Bernal sabe usar cada género (leído, no estudiado) a su gusto y de acuerdo con sus propósitos porque no tiene el pie forzado por ninguno en concreto: como se define como “idiota sin letras”, no se debe a ninguna convención o técnica, las conozca o no, porque no es cronista profesional. Y del mismo modo que puede postergar progresivamente a Cortés (véase arriba), también se otorga plena libertad para representarse como caballero, peregrino, héroe épico... Puede asimilar todas estas facetas aprendidas en los libros, pero al final se le ve la cáscara “picaresca”.

La paradoja final, no obstante, la que resume las dos citadas, es que si Lázaro adulto usaba el “yo” narrativo para crear la ilusión de narrar una “historia verdadera” (en un momento en que la ficción era mal vista por su falsedad, inmoralidad e inutilidad), Bernal, que tiene en sus manos y memoria una *Historia verdadera*, la noveliza.

### **Una poética y un estilo propios**

En el capítulo XLII recapitula las ideas que va desplegando desde el XVIII:

E otra cosa veo [en la crónica de Gómara]: que para que parezca ser verdad lo que en ello escribe, todo lo que en el caso pone es muy al revés, por más buena retórica que en el escribir ponga.

Por lo que decide compensar “moralmente” su estilo llano (*humilis*), subrayando la equivalencia llaneza retórica y verdad. O sea, quiere hacer equiparable la sencillez de estilo con la verdad, con lo que, *a contrario*, denuncia que la retórica y los que la ofician, los cronistas profesionales, mienten necesaria e irremediablemente.<sup>37</sup> En otras palabras, la estética de Bernal se concreta en una identificación de lo bello y lo verdadero: una estética de la verdad que nace por oposición a la de Gómara, que, según Bernal, se caracteriza por sustituir la verdad documental y vivida por la mentira, o por una bella o decorosa forma retórica, para ganarse el favor de Cortés y atraer a más lectores.<sup>38</sup>

Axiomas como “la verdadera policía e agraciado componer es decir verdad en lo que he escrito” (XVIII), o su complementario: “quien viere su historia [la de Gómara] lo que dice creerá que es verdad, según lo relata con tanta elocuencia, siendo muy contrario de lo que pasó” (LXXI), menudean a lo largo del libro. Los rasgos más notables de su buen e intencionado hacer se pueden sintetizar en estos puntos:

1. De acuerdo con el objetivo de devolverle el protagonismo a todos los soldados, Bernal apenas va a cambiar de estilo según las circunstancias y personajes; es decir, no va a reservar un estilo *sublimis* para las acciones heroicas o parlamentos de los personajes principales y otro *infimus* para las pequeñas narraciones, anécdotas, menudencias o casuística.<sup>39</sup>

<sup>37</sup> Ver Romero (1988) y Mendiola (1991).

<sup>38</sup> “Miren los curiosos letores, cuánto va de la verdad a la mentira, a esta mi relación en decir letra por letra lo acaescido, y no miren la retórica y ornato, que ya cosa vista es que es más apacible que no esta tan grosera mía; mas resiste la verdad a mi mala plática y pulidez de retórica con que va escrito” (CXXIX).

<sup>39</sup> Como hacen los cronistas cultos como Gómara, para quien es necesario diferenciar “dos maneras de escribir historias”; una de ellas es la de

Opta por una especie de estilo “medio”, pero no el convencional y sistematizado en las poéticas de su tiempo,<sup>40</sup> sino uno ajustado a lo que el llama el “común hablar” de los soldados. Por otra parte, ninguna solución estilística más adecuada para lograr el efecto realista que preside toda la narración, para dotarla de la precisa naturalidad.

2. A este proceder narrativo y estilístico se le suele denominar realismo “ingenuo” o “popularista”, a veces con un sentido despectivo; nada más lejos, sin embargo, de la realidad. El componente realista está tan logrado, que leer su crónica es casi como contemplar o sentir lo relatado, lo evocado; equivale a compartir con el cronista los sufrimientos, alegrías o emociones; véase, si no, la angustiada descripción de la escena del tambor durante la catastrófica huida de México:

Volvamos a decir cómo nos íbamos retrayendo. Oímos tañer del cu mayor, que es donde estaban sus ídolos Huichilobos y Tezcatepuca, que señorea el altor dél a toda la cibdad, y tañían un atambor, el más triste sonido (en fin, como instrumento de demonios), y retumbaba tanto, que se oyera dos leguas, y juntamente con él muchos atabalejos y caracoles y bocinas y silbos; entonces, según después supimos, estaban ofresciendo diez corazones y mucha sangre a sus ídolos que dicho tengo de nuestros compañeros. (CLII)

Al lector le parece estar reviviendo la escena con el cronista y logra situarse en el atmósfera descrita con escasísimos medios: el epíteto “triste”, la comparación, la precisa elipsis y la metonimia, pues el lúgubre sonido del tambor equivale al sacrificio de sus compañeros presos.

---

“Tranquilo, Plutarco, Sant Hierónimo y otros muchos”; “de aquella otra es el común uso que todos tienen de escribir, de la cual, para satisfacer al oyente, bastar relatar solamente las hazañas, guerras, victorias y desastres del capitán” como lo señala en la dedicatoria de su *Crónica de los Barbarrojas* (Iglesia 1942, 100-101).

<sup>40</sup> Véase, por ejemplo la *Philosophía Antigua Poética* de López Pinciano (1953, II, 125).



Tal como hará medio siglo después Cervantes, en la obra de Bernal, y es otra faceta de dicho realismo, las heroicidades (que tampoco faltan) ceden su lugar a las acciones en las que conviven ideales y miserias; valor y miedo: “antes de entrar en las batallas se me ponía una como grima y tristeza en el corazón, e orinaba una vez o dos, y luego se me quitaba aquel pavor” (CLVI); hechos extraordinarios y cotidianos; por ejemplo, cuando exclama que “todos los males y trabajos se pasan con el comer” (XLIV). Sin embargo, a diferencia del héroe cervantino, que transfigura la monótona realidad manchega según los cánones libresco, Bernal obra en sentido contrario: la nueva realidad es tan exuberante y pasmosa, que no puede sino parangonarla con la de los libros de caballerías; pero sin estridencias, sin prorrumpir en exclamaciones, con la justeza y naturalidad (logradas, seguramente, tras muchos años de evocar y contar aquellas maravillas a quien quisiera oírle) que preside todo su relato. Tanto es así, que cuando no le queda más remedio que introducir algún elemento libresco se disculpa.<sup>41</sup> Es obvio que los descubridores estaban predispuestos a asombrarse ante lo nuevo; pero no lo es menos que necesitan explicarse lo recién descubierto acudiendo a la tradición escrita, a las imágenes mentales previamente adquiridas por la lectura o la tradición. En apariencia, estamos ante una paradoja; pero, si leemos bien lo que dice Bernal en el texto citado en último lugar, nos daremos cuenta de que nuestro cronista elige el camino más corto, evita las paráfrasis encomiásticas, busca la síntesis expresiva. Como no sabe cómo contarle y no quiere ser prolijo, sino resolutivo, se ciñe al emblemático y popular *Amadís*, que, por lo mismo, le permite mantener, complementariamente, el tono realista apetezido y ajustarse a la naturalidad narrativa.

3. El concepto de naturalidad es especialmente aplicable a la propia escritura, esto es, a la sintaxis, el léxico o los giros

---

<sup>41</sup> “Decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de *Amadís* . . . Y no es de maravillarse que yo lo escriba aquí desta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no sé cómo lo cuento: ¡ver cosas nunca oídas ni vistas ni aun soñadas, como víamos!” (LXXXVII).

expresivos. Pues notable es la adaptación del relato a la necesidad de revivir o actualizar el pasado o de reflejarlo como cosa inmediata, saltándose, muchas veces, las mínimas reglas de la *consecutio temporum*:

Y así como *llegaron* a nosotros, como eran grandes escudrones, que todas las sabanas *cobrían*, y se *VIENEN* como rabiosos y nos *CERCAN* por todas partes, y *TIRAN* tanta de flecha y vara y piedra, que de la primera arremetida *hirieron* más de setenta de los nuestros.<sup>42</sup> (XXXIV)

Nótese también que con la alternancia se marca la conciencia de que aquellos hechos fueron fatales o irreversibles. Éstas y otras apreciaciones de estilo también han llevado a discutir si tal naturalidad, o falta de afectación, es ingenua o, por el contrario, aprendida.<sup>43</sup> Yo me inclino por la segunda opción, pero sin descartar aquella, especialmente para los primeros capítulos (muy cercanos al memorial de guerras), para aquellos pasajes en que parece que al cronista no le da tiempo de transcribir el alud de recuerdos, para aquellos otros en que se ve obligado a describir escenas simultáneas, o, en fin, cuando le interesa dar viveza a determinados momentos del pasado. De este modo, el estilo es también un aliado del pro-

---

<sup>42</sup> Obviamente, me baso en el esclarecedor artículo de Lapesa (1968-69, 74 y *passim*), que añade otros fenómenos: “en vez de verbo declarativo hay uno de mandato, consejo, ruego, etc., o un sustantivo que supone también formulación en palabras: ‘*envió* Diego Velázquez *cartas y mandamientos* para que le *DETENGAN* el armada a Cortés y le *ENVÍEN* preso” (XXI); otra causa resulta de “la interposición de cláusulas entre el verbo declarativo equivalente y el subordinado” que “favorece la discordancia de los tiempos, v. g.: ‘Y *dijo* a Tendile que luego *enviase* aquella silla en que se *ASIENTE* el señor Montezuma, que ya *sabíamos* que así se *llamaba*, para cuando le *VAYA* a ver y hablar” (XXXVIII).

<sup>43</sup> Ya he recordado arriba que Solís se pronunciaba por la segunda opción, al asegurar que se ayudaba “del mismo desaliño y poco adorno de su estilo para parecerse a la verdad, y acreditar con algunos la sinceridad del escritor . . . Muéstrase tan satisfecho de su ingenuidad como quejoso de su fortuna . . .” (Solís I, 8). Véase también López Lira (1945, 270-271), Ghiano (1959) o Romero (1988).

pósito y del tema principal del libro, por lo que muchas veces no sabríamos precisar si la prosa responde a una intención o si el cronista, embargado por el emocionado recuerdo, deja correr la pluma sin poder detenerse, para que nada de lo evocado se pierda por algún repliegue de la memoria.

4. Dicha naturalidad no empece el buen uso de la ironía, al contrario; pero oportunamente dosificada y sin estridencias. Por ejemplo, para referirse a los delirios de grandeza de Cortés le basta con decir: “Cortés estaba haciendo sus casas y palacios, y eran tamaños y tan grandes y de tantos patios como suelen decir el laborintio de Creta . . .” (CLXII). Cuando quiere desacreditar a Rangel, no tiene más que poner en su boca la grandilocuente frase de César: “Y desde el Rangel aquello me oyó, como era hombre vocinglero y hablaba mucho, salió de la casilla en que estaba . . . e dijo: ‘Ya es echada la suerte . . .’” (CLIX). Es una de sus grandes dotes narrativas; baste ver otro ejemplo de su sutileza en un pasaje de la semblanza de Cortés:

E también vi que cuando estábamos en las guerras . . . era cenceño e de poca barriga, e después que volvimos de las Higüeras engordó mucho e dar en gran barriga, e también vi que se paraba la barba prieta, siendo de antes que blanqueaba. (CCIV)

No añade ni una palabra más, basta lo dicho para darnos razón irónicamente de la relajación y afeites del de Medellín. Otras veces, las menos, salpimenta la narración con algún sarcasmo; verbigracia, cuando describe a los recién llegados soldados de Garay: a unos los apodan “los panciverdetes”, porque traían los colores de muertos y las barrigas muy hinchadas” (CXXXIII).

5. Otro de los recursos que hay que destacar es el del retrato o semblanza. Una magnífica galería de personajes caracterizados con breves pero certeros trazos desfila por la crónica. La técnica también recuerda a la de Pérez de Guzmán; véase, por ejemplo, el estupendo retrato de Moctezuma:

Era el gran Moctezuma de edad de hasta cuarenta años, y de buena estatura e bien proporcionado e cenceño e pocas carnes, y la color ni muy moreno, sino propia color e matiz de indio, y traía los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas, e pocas barbas, prietas e bien puestas e ralas, y el rostro algo largo e alegre, e los ojos de buena manera. E mostraba en su persona, en el mirar, por un cabo amor, e cuando era menester, gravedad. Era muy polido e limpio, bañábase cada día una vez, a la tarde.<sup>44</sup> (XCI)

La sobriedad y precisión con que describe dotan de verosimilitud a los retratados y son indicio, otra vez, de una extraordinaria memoria, de una capacidad narrativa ya muy contrastada y de una seguridad discursiva propia de quien se siente, por fin, *auctor*, y como tal, libre para saltar de lo histórico a lo novelesco, de lo nimio a lo profundo o a lo emotivo, de lo épico a lo irónico o a lo sarcástico, y a lo melancólico, pues es también muy consciente de que su extenso y pomenorizado relato no surtirá el efecto deseado ni servirá para el fin con que fue originariamente concebido: mantener la encomienda de indios y, por ende, el grado y condición de “verdadero conquistador”.

### Obras citadas

Adorno, R. “Discourses on colonialism: Bernal Díaz, Las Casas, and the twentieth-century reader”. *Modern Language Notes* 103 (1988): 239-258.

\_\_\_\_\_. “Arms, Letters and the Native Historian in Early Colonial Mexico”. *Re/Discovering Colonial Writing, Hispanic Issues*. Ed.

---

<sup>44</sup> Capítulo XCI. Compárese con la “semblanza” que nos da Pérez de Guzmán de don Alfonso Enríquez: “Fue hombre de mediana altura, blanco, rojo, espeso en el cuerpo, la razón breve e corta, pero discreta e atentada, asaz gracioso en su decir; turbábase muy a menudo con saña e era muy arrebatado con ella; de grande esfuerzo, de buen acogimiento a los buenos, e los que no eran de linaje del rey e non tenían tanto estado fallaban en él favor e ayuda. Tenía honrada casa, ponía muy buena mesa, entendía más que decía”.

- R. Jara y N. Spadaccini. Vol. 4. Minneapolis: Univ. of Minnesota Press, 1989. 201-224.
- \_\_\_\_\_. "History, Law and the Eyewitness: Protocols of Authority in Bernal Díaz del Castillo's *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*". *The Project of Prose in Early Modern Europe and the New World*. Eds. E. Fowler y R. Greene. Cambridge: University Press, 1997. 154-175.
- Anderson-Imbert, Enrique. "Fernández Oviedo y Bernal Díaz del Castillo". *Estudios sobre escritores de América*. s.l.: Raigal, 1954.
- Barbón, J. A. "En torno a la crítica sobre Bernal Díaz del Castillo". *Revista de Historia Americana y Argentina* 11-12 (1966-1967): 57-61.
- \_\_\_\_\_. "Una edición crítica de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo". *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas* 22 (1985): 1-22.
- Bataillon, M., y O'Gorman, E. *Dos concepciones de la tarea histórica. Con motivo de la idea del descubrimiento de América*. México: UNAM, 1955.
- Beckjord, S. H. "Con sal y ají y tomates: las redes textuales de Bernal Díaz en el caso de Cholula". *Revista Iberoamericana* 61 (1995): 147-160.
- Caillet-Bois, J. "Bernal Díaz del Castillo o la verdad en la historia". *Revista Iberoamericana* 25 (1960): 199-228.
- Casas, Bartolomé de las. *Historia de las Indias*. Eds. L. Hanke y A. Millares Carlo. México: UNAM. 3 vols. 1951.
- Cascardi, A. J. "Chronicle Toward Novel: Bernal Díaz' *History of the Conquest of Mexico*". *Novel* 15 (1982): 197-212.
- Cervantes de Salazar, Francisco. *Crónica de la Nueva España*. Ed. F. Troncoso. México: Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía. 3 vols. 1914-1936.
- Cortínez, Verónica. *Memoria original de Bernal Díaz del Castillo*. Huixquilucan: Oak, 2000.
- Delgado Gómez, Á. Ed., Hernán Cortés. *Cartas de relación*. Madrid: Castalia, 1993.
- Fernández Oviedo, Gonzalo. *Historia general y natural de las Indias*. Ed. Juan Pérez de Tudela. Madrid: Atlas, 1959.

G. Serés, Vida y escritura de Bernal Díaz del Castillo

- Fogelquist, J. D. *El "Amadís" y el género de la historia fingida*. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1982.
- Fuentes, C. "La épica valiente de Bernal Díaz del Castillo". *Valiente mundo nuevo. Épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana*. Madrid: Mondadori, 1990. 71-94.
- García, G. "Introducción". *Historia verdadera*. Ed. G. García. México: Tipología de la Secretaría de Fomento, 1904-5. ix-lxxxvii.
- Ghiano, L. C. "Veracidad y naturalidad de Bernal Díaz del Castillo". *Revista de Literatura Argentina e Iberoamericana* 1 (1959): 47-73.
- Gilman, S. "Bernal Díaz del Castillo and *Amadís de Gaula*". *Studia philologica. Homenaje a Dámaso Alonso*. Vol. 2. Madrid: Gredos, 1961. 99-113.
- González Echevarría, R. "Humanismo, retórica y las crónicas de la Conquista". *Isla a su vuelo fugitiva. Ensayos críticos sobre la literatura hispanoamericana*. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1983. 9-25.
- González Rodríguez, J. *La idea de Roma en la historiografía india (1492-1550)*. Madrid: CSIC, 1981.
- Gracia Calvo, M. "Lectura de la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo desde un espacio teórico del referente". *Revista Chilena de Literatura* 27-28 (1986): 17-48.
- Graulich, M. "'La mera verdad resiste a mi rudeza': forgeries et mésonges dans l'*Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo". *Journal de la Société des Américanistes* 82 (1996): 63-95.
- Greene, P. E. "The Conquest of Mexico: The Views of the Chroniclers". *The Americas* 31 (1974): 164-171.
- Iglesia, R. "Las críticas de Bernal Díaz del Castillo a la *Historia de la conquista de México* de Francisco López de Gómara" [1940]. *El hombre Colón y otros ensayos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986<sup>2</sup>. 125-138.
- \_\_\_\_\_. "Introducción al estudio de Bernal Díaz del Castillo y de su *Verdadera historia*" [1941]. *El hombre Colón y otros ensayos*. 139-150.
- \_\_\_\_\_. *Cronistas e historiadores de la conquista de México* [1942]. México: Secretaría de Educación Pública, 1972<sup>2</sup>.

- \_\_\_\_\_. "La *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo" [1944]. *El hombre Colón y otros ensayos*. 151-158.
- Lapesa, R. "La ruptura de la 'consecutio temporum' en Bernal Díaz del Castillo". *Anuario de Letras* 7 (1968-69): 73-84.
- Lewis, R. E. "Retórica y verdad: los cargos de Bernal a López de Gómara". *De la crónica a la nueva narrativa mexicana. Coloquio sobre literatura mexicana*. Ed. M. H. Forster y J. Ortega. Oaxaca: Oasis, 1986. 36-47.
- López de Gómara, F. *La conquista de México*. Ed. J. L. de Rojas. Madrid: Historia 16, 1987.
- López Pinciano, A. *Philosophía Antigua Poética* [1596]. Ed. A. Carballo Picazo. Madrid: CSIC. 3 vols. 1953.
- López Lira, E. "La Historia de la conquista de México de don Antonio de Solís". *Estudios de Historiografía de la Nueva España*. Introducción de Ramón Iglesia. México: El Colegio de México, 1945. 263-292.
- Mendiola Mejía, A. *Bernal Díaz del Castillo: verdad romanesca y verdad historiográfica*. México: Universidad Iberoamericana, 1991.
- Molina Martínez, M. "El soldado-cronista y su impresión del mundo indígena (el caso de Nueva España)". *Anuario de Estudios Americanos* 46 (1984): 291-313.
- Pereyra, C. "Bernal Díaz del Castillo y su obra". *El Consultor Bibliográfico* 3-4 (1927): 393-422.
- \_\_\_\_\_. "Bernal Díaz del Castillo, literato y soldado". *Revista Nacional de Educación* 1 (1941): 73-77.
- Pérez de Guzmán, F. *Generaciones y semblanzas*. Ed. J. Domínguez Bordona. Madrid: Espasa-Calpe, 1979.
- Pupo-Walker, E. *La vocación literaria del pensamiento histórico en América*. Madrid: Gredos, 1982.
- \_\_\_\_\_. "Creatividad y paradojas formales en las crónicas mexicanas de los siglos XVI y XVII". *De la crónica a la nueva narrativa mexicana. Coloquio sobre literatura mexicana*. Eds. M. H. Forster y J. Ortega. Oaxaca: Oasis, 1986. 29-36.
- Regoliosi, M. "Riflessioni umanistiche sullo scrivere storia". *Rinascimento* 31 (1991): 3-37.

G. Serés, Vida y escritura de Bernal Díaz del Castillo

- Romero, A. F. "La 'falacia antirretórica' en Bernal Díaz del Castillo". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 28 (1988): 337-344.
- Rose, S. V. "Problemas de edición de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo". *Edición y anotación de textos coloniales hispanoamericanos*. Eds. I. Arellano y J. A. Rodríguez Garrido. Pamplona: Universidad de Navarra-Iberoamericana, 1999. 377-394.
- Ruiz Pérez, P. Ed. Fernán Pérez de Oliva. *Historia de la invención de las Yndias. Historia de la conquista de la Nueva España*. Córdoba: Universidad, 1993.
- Sánchez, L. A. "Bernal Díaz del Castillo el cronista". *Bolívar* 4 (1951): 629-638.
- Savj-López, M. "Bernal Díaz del Castillo e la vera storia della conquista della Nuova Spagna". *Colombo* 3 (1928): 152-166.
- Serés, G. "Los textos de la Historia verdadera de Bernal Díaz". *Boletín de la Real Academia Española* 71 (1991): 523-547.
- \_\_\_\_\_. "Ficción y legalidad en la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo" *Literatura Iberoamericana y Tradición Clásica*. Eds. J. V. Bañuls, J. Sánchez Méndez y J. Sanmartín. Valencia: Universidad Autónoma de Barcelona/Universidad de Valencia, 1999. 407-417.
- Taylor, A. M. *Análisis del discurso histórico en Bernal Díaz del Castillo*. Nueva York: Univ. Press of City University of New York, 1982.
- Torres, D. *El palimpsesto del calco aparente. Una poética de Indias*. Nueva York: Peter Lang, 1995.
- Turner, G. "Los ojos, los oídos y la escritura de Bernal Díaz del Castillo". *Historias* 31 (1993): 21-30.
- Valcárcel Martínez, S. "Una aproximación a Francisco López de Gómara". *Caravelle* 53 (1989): 7-24.
- Weber de Kurlat, F. "Estructura novelesca del *Amadís de Gaula*". *Revista de Literaturas Modernas* 5 (1967): 20-54.
- White, H. *Topics of Discourse*. Baltimore: John Hopkins University Press, 1978.
- Zahareas, A. N. "The historical Function of Picaresque Autobiographies: Toward a History of Social Offenders". *Autobiography in Early Modern Spain*. Eds. N. Spadaccini y J. Talens. Minneapolis: Univ. of Minnesota Press, 1988. 129-161.



XVIII<sup>45</sup>

*De los borriones y cosas que escriben los coronistas Gómara e Illescas acerca de las cosas de la Nueva España\**

Estando escribiendo en esta mi corónica, acaso vi lo que escriben Gómara e Illescas y Jovio en las conquistas<sup>a</sup> de México y Nueva España, y desque las leí y entendí y vide su policía, y estas mis palabras tan groseras y sin primor,<sup>b</sup> dejé de escribir en ella, estando presentes tan buenas historias.<sup>c</sup> Y con este pensamiento,<sup>d</sup> torné a leer y a mirar muy bien<sup>e</sup> las pláticas y razones que dicen en sus historias, y desde el principio y<sup>f</sup> y medio ni cabo no hablan lo que pasó<sup>g</sup> en la Nueva España. Y desque entraron<sup>h</sup> a decir de las grandes cibdades y tantos números que dicen<sup>i</sup> que había de vecinos en ellas, que tanto se les da<sup>j</sup> poner ochenta mil<sup>k</sup> como ocho mil. Pues de aquellas grandes matanzas que dicen que hacíamos, siendo nosotros

<sup>45</sup> XVIII : XVII G : XVII <\18> A

Las notas voladas con números indican las enmiendas de todo tipo que se fueron interpolando en G; las letras, las variantes de G respecto de M ó A

\* De los borriones y cosas que escriben los coronistas Gómara e Illescas acerca de las cosas de la Nueva España G : De algunas advertencias acerca de lo que escribe Francisco López de Gómara, mal informado, en su historia M

<sup>a</sup> en esta mi corónica, acaso vi lo que escriben Gómara e Illescas y Jovio en las conquistas G : esta relación, acaso vi una historia de buen estilo, la cual se nombra de un Francisco López de Gómara, que habla de las conquistas M

<sup>b</sup> desque las lei y entendí y vi de su policía, y estas mis palabras tan groseras tan groseras y sin primor G : cuando leí su gran retórica y como mi obra es tan grosera M

<sup>c</sup> en ella, estando presentes tan buenas historias G : en ella M

<sup>d</sup> Y con este pensamiento G : Y M

<sup>e</sup> mirar muy bien G : mirar M

<sup>f</sup> razones que dicen en sus historias, y desde el principio <-ni> <\y> G: razones, y vi desde el principio y M

<sup>g</sup> no <-lleva> hablan lo que pasó G : no llevaba buena relación, y va muy contrario de lo que fue e pasó M

<sup>h</sup> desque entraron G : cuando entró M

<sup>i</sup> dicen G : dice M

<sup>j</sup> les da G : le dio M

<sup>k</sup> ochenta mil G : ocho M

cuatrocientos y cincuenta<sup>1</sup> soldados los que andábamos en la guerra, harto teníamos que defendernos<sup>11</sup> no nos matasen o nos llevasen<sup>m</sup> de vencida, que aunque estuvieran los indios atados, no hiciéramos tantas muertes; en especial que tenían sus armas de [14v] algodón, que les cubrían el cuerpo, y arcos, saetas,<sup>46</sup> rodelas, lanzas grandes,<sup>47</sup> espadas de navajas como de a dos manos, que cortan más que nuestras espadas, y muy denodados guerreros. Y escriben los coronistas por mí memorados que hacíamos tantas muertes y crueldades,<sup>n</sup> que Atalarico, muy bravovísimo rey, y Atila, muy soberbio guerrero, según dicen y se cuentan de sus historias,<sup>n̄</sup> en los Campos Catalanes no hicieron tantas muertes de hombres. Pues tornando a nuestra plática, dicen<sup>o</sup> que derrocamos y abrasamos muchas cibdades y templos, que son cúes, y en aquello les parece que aplacen<sup>p</sup> mucho a los oyentes que leen sus historias. Y no lo vieron ni entendieron<sup>q</sup> cuando lo escribían, que los verdaderos conquistadores y curiosos letores que saben lo que pasó claramente les dirán que si todo lo que escriben<sup>r</sup> de otras historias<sup>s</sup> va como lo de la Nueva España, irá todo errado. Y lo bueno es que ensalzan<sup>t</sup>

---

<sup>1</sup> cuatrocientos y cincuenta *G* : cuatrocientos *M*

<sup>11</sup> que defendernos *G* : defendernos *M*

<sup>m</sup> nos llevasen *G* : llevasen *M*

<sup>46</sup> saetas *A* : seetas *G*

<sup>47</sup> <\grandes>

<sup>n</sup> muertes; en especial que tenían sus armas de algodón, que les cubrían el cuerpo, y arcos, saetas, rodelas, lanzas grandes, espadas de navajas como de a dos manos, que cortan más que nuestras espadas, y muy denodados guerreros. Y escriben los coronistas por mí memorados que hacíamos tantas muertes y crueldades *G* : muertes y crueldades como dice que hicimos; que juro, ¡amén!, que cada día estábamos rogando a Dios y a nuestra Señora no nos desbaratasen. Volviendo a nuestro cuento *M*

<sup>n̄</sup> guerrero, según se dicen y se cuentan en sus historias *G* : guerrero *M*

<sup>o</sup> Pues tornando a nuestra plática, dicen *G* : también dice *M*

<sup>p</sup> les parece que aplacen *G* : le parece que aplace *M*

<sup>q</sup> no lo vieron ni entendieron *G* : no quiso ver y entender *M*

<sup>r</sup> si <-en sus istorias en todo lo que escriben en otras istorias es así> todo lo que escriben *G* : si en las demás historias que escribe *M*

<sup>s</sup> historias *G* : cosas *M*

<sup>t</sup> ensalzan *G* : ensalza *M*

a unos capitanes y abajan a otros, y los que no se hallaron en las conquistas dicen que fueron en ellas; y también dicen muchas cosas, y de tal calidad y por ser tantas y en todo no aciertan, no lo declararé. Pues otra cosa<sup>u</sup> peor dicen: que Cortés mandó secretamente barrenar los navíos. No es así, porque por consejo de todos los más soldados y mío<sup>v</sup> mandó dar con ellos al través, a ojos vistas, para que nos ayudasen<sup>w</sup> la gente de la mar que en ellos estaban a velar y a guerrear. Y en todo escriben muy vicioso. Y ¿para qué yo

---

<sup>u</sup> dicen que fueron en ellas; <-y dicen que un Juan Velázquez de León fue a poblar a Guazacalco. No pasó así> y también dicen muchas cosas, y de tal calidad y por ser tantas y en todo no aciertan, no lo declararé. Pues otra cosa *G* : dice que fueron capitanes, y que un Pedro Dircio fue por capitán cuando el desbarate que hubo en un pueblo que le pusieron nombre Almería; porque el que fue por capitán en aquella entrada fue un Juan de Escalante, que murió en el desbarate con otros siete soldados; e dice que un Juan Velázquez de León fue a poblar a Guazaval; mas la verdad es así: que un Gonzalo de Sandoval, natural de Ávila, lo fue a poblar. También dice cómo Cortés mandó quemar un indio que se decía Quezalpopoca, capitán de Montezuma, sobre la población que se quemó. El Gómara no acierta también lo que dice de la entrada que fuimos a un pueblo e fortaleza: Anga Panga escríbelo, mas no como pasó. Y de cuando en los arenales alzamos a Cortés por capitán general y justicia mayor, en todo le engañaron. Pues en la toma de un pueblo que se dice Chamula, en la provincia de Chiapa, tampoco acierta en lo que escribe. Pues otra cosa *M*

<sup>v</sup> los navíos; no es así, porque por consejo de <-los> todos los más soldados y mío *G* : los once navíos en que habíamos venido; antes fue público, porque claramente por consejo de todos los más soldados *M*

<sup>w</sup> para que nos ayudasen *G* : porque nos ayudase *M*

<sup>x</sup> a guerrear. Y en todo escriben muy vicioso. Y ¿para qué yo meto *G* : a guerrear. Pues en lo de Juan de Grijalva, siendo buen capitán, le deshace e disminuye. Pues en lo de Francisco Fernández de Córdoba, habiendo él descubierto lo de Yucatán, lo pasa por alto. Y en lo de Francisco de Garay dice que vino él primero con cuatro navíos de lo de Pánuco antes que viniese con la armada postrera; en lo cual no acierta, como en lo demás. Pues en todo lo que escribe de cuando vino el capitán Narváez y de cómo lo desbaratamos, escribe según e como las relaciones. Pues ne las batallas de Taxcala hasta que hicimos las paces, en todo escribe muy lejos de lo que pasó. Pues las guerras de México de cuando nos desbarataron y echaron de la ciudad, e nos mataron e sacrificaron sobre ochocientos y sesenta soldados, porque de mil trescientos que entramos al socorro de Pedro de Alvarado, e íbamos en aquel socorro los de Narváez e los de Cortés, que eran los mil y trescientos que he dicho, no escapamos sino cuatrocientos y cuarenta, e todos heridos, y dícelo de manera como si no fuera

meto<sup>x</sup> tanto la pluma en contar cada cosa por sí, que es gastar papel y tinta? Yo lo maldigo, puesto que lleve buen estilo.<sup>y</sup>

Dejemos esta plática y volveré a mi materia, que, después de bien mirado todo lo que aquí he dicho, que es todo<sup>48</sup> burla lo que escriben acerca de lo acaescido en la Nueva España, torné a proseguir mi relación,<sup>z</sup> porque la verdadera pulicía e agraciado componer es decir verdad en lo que he escrito.<sup>aa</sup> Y mirando esto, acordé de seguir mi intento, con el ornato y pláticas que verán, para que salga a luz. Y hallarán<sup>ab</sup> las conquistas de la Nueva España claramente como se han de ver. Quiero volver<sup>ac</sup> con la pluma en la mano, como el buen piloto que lleva la sonda, descubriendo bajos por la mar adelante,<sup>ad</sup>

---

nada. Pues desde tornamos a conquistar la gran ciudad de México e la ganamos, tampoco dice los soldados que nos mataron e hirieron en las conquistas, sino que todo lo hallábamos como quien va a bodas y regocijos. ¿Para qué meto yo *M*

<sup>y</sup> tinta? Yo lo maldigo, puesto que lleve buen estilo. Dejemos esta plática y volveré a mi materia *G* : tinta? Porque si en todo lo que escribe va de aquesta arte, es gran lástima; y puesto que él lleve buen estilo, había de ver que para que diese fe a lo que dice, que en esto se había de esmerar. Dejemos esta plática e volveré a mi materia *M*

Yo lo *A* : Yo (...) *G*

<sup>48</sup> todo *A* : (...)do *G*

<sup>z</sup> que es todo burla lo que escriben acerca de lo acaescido en la Nueva España, torné a proseguir mi relación *G* : que escribe el Gómara, que por ser tan lejos de lo que pasó es en perjuicio de tantos, torno a proseguir en mi relación e historia *M*

<sup>aa</sup> porque la verdadera pulicía e agraciado componer es decir verdad en lo que he escrito *G* : porque dicen sabios varones que la buena política y agraciado componer es decir verdad en lo que escribieren, y la mera verdad resiste a mi rudeza *M*

<sup>ab</sup> salga a la luz; y hallarán *G* : salga a la luz y se vean *M*

<sup>ac</sup> ver. Quiero volver *G* : ver, y Su Majestad sea servido conocer los grandes e notables servicios que le hicimos los verdaderos conquistadores, pues tan pocos soldados como vinimos a estas tierras con el veterano y buen capitán Hernando Cortés, nos pusimos a tan grandes peligros y le ganamos esta tierra, que es una buena parte de las del Nuevo Mundo, puesto que Su Majestad, como cristianísimo rey y señor nuestro, nos lo ha mandado muchas veces gratificar; y dejaré de hablar acerca desto, porque hay mucho que decir. Y quiero volver *M*

<sup>ad</sup> la sonda, descubriendo bajos mar adelante *G* : la sonda por la mar, descubriendo los bajos *M*

sonda *AM* : çonda *G*

cuando siente que los hay: así haré yo en decir los borroneos de los coronistas. Mas no será todo,<sup>ac</sup> porque si parte por parte se hobiesen<sup>af</sup> de escribir, sería más la costa de recoger la rebusca que en las verdaderas vendimias. Digo que sobre esta mi relación pueden los coronistas sublimar y dar loa al valeroso y esforzado capitán Cortés y a los fuertes<sup>ag</sup> conquistadores, pues tan grande empresa salió de nuestras manos.<sup>ah</sup> Y lo que sobre ello escribieron<sup>ai</sup> diremos los que en aquellos tiempos nos hallamos como testigos de vista ser verdad, como agora decimos las contrariedades; que ¿cómo tienen tanto atrevimiento y osadía de escribir tan vicioso y sin verdad, pues que sabemos que la verdad es cosa bendita y sagrada, y que todo lo que contra ello dijeren va maldito? Mas bien<sup>aj</sup> se parece que el Gómara fue aficionado a hablar tan loablemente del valeroso Cortés. Y tenemos por cierto que le untaron las manos,<sup>ak</sup> pues que a su hijo, el marqués que agora es, le eligió su

---

<sup>ac</sup> en decir los borroneos de los coronistas. Mas no será todo *G* : en caminar a la verdad de lo que pasó la historia del cronista Gómara; y no ser todo en lo que escribe *M*

<sup>af</sup> hobiesen *G* : hubiese *M*

<sup>ag</sup> valeroso <-muy> y esforzado capitán Cortés y a los fuertes *G* : dar loas cuantas quisieren, así al capitán Cortés como a los fuertes *M*

<sup>ah</sup> tan grande empresa salió de nuestras manos *G* : tan grande y santa empresa salió de nuestras manos, pues ello mismo da fe muy verdadera; y no son cuentos de naciones extrañas ni sueños ni porfías, que ayer pasó a manera de decir, si no, vean toda la Nueva España qué cosa es *M*

<sup>ai</sup> escribieron *G* : escriben *M*

<sup>aj</sup> como testigos de vistas ser verdad, como agora decimos las contrariedades; que ¿cómo tienen tanto atrevimiento y osadía de escribir tan vicioso y sin verdad, pues que sabemos que la verdad es cosa bendita y sagrada, y que todo lo que contra ello dijeren va maldito? Más bien *G* : como testigos de vista, e no estaremos hablando las contrariedades y falsas relaciones (como decimos) de los que escribieron de oídas, pues sabemos que la verdad es cosa sagrada; y quiero dejar de más hablar en esta materia; y aunque había bien que decir della e lo que se sospechó el cronista que le dieron falsas relaciones cuando hacía aquella historia, porque toda la honra y prez della la dio solo al marqués don Hernando Cortés, e no hizo memoria de ninguno de nuestros valerosos capitanes y fuertes soldados; y bien *M*

<sup>ak</sup> Gómara fue aficionado a hablar tan loablemente del valeroso Cortés, y tenemos por cierto que le untaron las manos *G* : Gómara escribe en su historia serle muy aficionado *M*

corónica, teniendo<sup>49</sup> a nuestro rey y señor, que con derecho se le había de elegir y encomendar. Y habían de<sup>50</sup> mandar borrar los señores del Real Consejo de Indias los borrones que en sus libros van escritos.<sup>a1</sup>

---

<sup>49</sup> <-a quien>

<sup>50</sup> <-borrarle>

<sup>a1</sup> teniendo a nuestro rey y señor, que con derecho se le había de elegir y encomendar. Y habían de mandar borrar los señores del Real Consejo de Indias los borrones que en sus libros van escritos G : e la dejó de elegir a nuestro rey y señor. Y no solamente el Francisco López de Gómara escribió tantos borrones e cosas que no son verdaderas, de que ha hecho mucho daño a muchos escritores e cronistas que después del Gómara han escrito en las cosas de la Nueva España, como es el doctor Illescas y Pablo Jovio, que se van por sus mismas palabras y escriben ni más ni menos que el Gómara, por manera que lo que sobre esta materia escribieron es porque les ha hecho errar el Gómara M

*Transcribo, excepcionalmente, el capítulo entero que figura en M por las muchas variantes:*

De algunas advertencias acerca de lo que escribe Francisco López de Gómara, mal informado en su historia. Estando escribiendo esta relación, acaso vi una historia de buen estilo, la cual se nombra de un Francisco López de Gómara, que habla de las conquistas de México y Nueva España; y cuando leí su gran retórica, y como mi obra es tan grosera, dejé de escribir en ella, y aun tuve vergüenza que pareciese entre personas notables. Y estando tan perplejo como digo, torné a leer y a mirar las razones y pláticas que el Gómara en sus libros escribió; e vi que desde el principio y medio hasta el cabo no llevaba buena relación, y va muy contrario le lo que fue e pasó en la Nueva España. Y cuando entró a decir de las grandes ciudades, y tantos números que dice que había de vecinos en ellas, que tanto se le dió poner ocho como ocho mil. Pues de aquellas grandes matanzas que dice que hacíamos, siendo nosotros obra de cuatrocientos soldados los que andábamos en la guerra, que harto teníamos de defendernos que no nos matasen o llevasen de vencida, que, aunque estuvieran los indios atados, no hiciéramos tantas muertes y crueldades como dice que hicimos, que juro, amén, que cada día estábamos rogando a Dios y a Nuestra Señora no nos desbaratasen. Volviendo a nuestro cuento, Atalarico, muy bravísimo rey, e Atila, muy soberbio guerrero, en los Campos Catalanes, no hicieron tantas muertes de hombres como dice que hacíamos. También dice que derrotamos y abrasamos muchas ciudades y templos que son sus cúes, donde tienen sus ídolos; y en aquello le parece a Gómara que aplace mucho a los oyentes que leen su historia; y no quiso ver ni entender cuando lo escribía que los verdaderos conquistadores y curiosos letores que saben lo que pasó, claramente le dirán que en su historia en todo lo que escribe se engañó; y si en las demás historias que escribe de otras cosas va del arte del de la Nueva España, también irá todo errado. Y es lo bueno que ensalza

a unos capitanes y abaja a otros; y los que no se hallaron en las conquistas dice que fueron capitanes y que un Pedro de Ircio fue por capitán cuando el desbarate que hubo en un pueblo que le pusieron nombre Almería, porque el que fue por capitán en aquella entrada, fue un Juan de Escalante, que murió en el desbarate, con otros siete soldados; e dice que un Juan Velázquez de León fue a poblar a Guacualco, mas la verdad es así: que un Gonzalo de Sandoval, natural de Ávila, lo fue a poblar. También dice cómo Cortés mandó quemar un indio, que se decía Quezalpopoca, capitán de Montezuma, sobre la población que se quemó. El Gómora no acierta también lo que dice de la entrada que fuimos a un pueblo, e fortaleza, Anga Panga; escríbelo, mas no como pasó. Y de cuando en los arenales alzamos a Cortés por capitán general, y justicia mayor, en todo le engañaron. Pues en la toma de un pueblo que se dice Chamula, en la provincia de Chiapa, tampoco acierta en lo que escribe. Pues otra cosa peor dice: que Cortés mandó secretamente barrenar los once navíos en que habíamos venido; antes fue público, porque claramente, por consejo de todos los demás soldados, mandó dar con ellos al través, a ojos vistas, porque nos ayudase la gente de la mar que en ellos estaba a velar y guerrear. Pues en lo de Juan de Grijalva, siendo buen capitán, le deshace e disminuye. Pues en lo de Francisco Hernández de Córdoba, habiendo él descubierto lo de Yucatán, lo pasa por alto. Y en lo de Francisco de Garay, dice que vino el primero con cuatro navíos de lo de Pánuco antes que viniese con la armada postrera: en lo cual no acierta, como en lo demás. Pues en todo lo que escribe de cuando vino el capitán Narváez, y de cómo le desbaratamos, escribe según e como las relaciones. Pues en las batallas de Taxcala hasta que hicimos las paces, en todo escribe muy lexos de lo que pasó. Pues las guerras de México, de cuando nos desbarataron, y echaron de la ciudad e nos mataron e sacrificaron sobre ochocientos y sesenta soldados (digo otra vez sobre ochocientos y sesenta soldados, porque de mil y trecientos que entramos al socorro de Pedro de Alvarado, e íbamos en aquel socorro los de Narváez, e los de Cortés, que eran los mil y trecientos que he dicho), no escapamos sino cuatrocientos y cuarenta, e todos heridos; y dícelo de manera como si no fuera nada. Pues desque tornamos a conquistar la gran ciudad de México e la ganamos, tampoco dice los soldados que nos mataron, e hirieron en las conquistas, sino que todo lo hallábamos como quien va a bodas y regocijos. ¿Para qué meto yo aquí tanto la pluma en contar cada cosa por sí, que es gastar papel y tinta? Porque si en todo lo que escribe va de aquesta arte, es gran lástima; y puesto que él lleve buen estilo, había de ver que para que diese fe a lo demás que dice, que en esto se había de esmerar. Dejemos esta plática e volveré a mi materia, que después de bien mirado todo lo que he dicho que escribe el Gómora, que por ser tan lejos de lo que pasó, es en perjuicio de tantos, torno a proseguir en mi relación e historia; porque dicen sabios varones que la buena política y agraciado componer es decir verdad en lo que escribieren, y la mera verdad resiste a mi rudeza. Y mirando en esto que he dicho, acordé de seguir mi intento con el ornato y pláticas que adelante se verán, para que salga a luz, y se vean las conquistas de la Nueva España claramente, y como se han de ver;

y Su Majestad sea servido conocer los grandes e notables servicios que le hicimos los verdaderos conquistadores, pues tan pocos soldados como venimos a estas tierras con el venturoso y buen capitán Hernando Cortés, nos pusimos a tan grandes peligros, y le ganamos esta tierra, que es una buena parte de las del Nuevo Mundo, puesto que Su Majestad como cristianísimo rey, y señor nuestro, nos lo ha mandado muchas veces gratificar; y dejaré de hablar acerca desto porque hay mucho que decir. Y quiero volver con la pluma en la mano como el buen piloto lleva la sonda por la mar, descubriendo los bajos, cuando siente quz los hay: así haré yo encaminar a la verdad de lo que pasó la historia del coronista Gómora, y no será todo en lo que escribe; porque si parte por parte se hubiese de escribir, sería más la costa en coger la rebusca que en las verdaderas vendimias. Digo que sobre esta mi relación pueden los coronistas sublimar e dar loas cuantas quisieren, así al capitán Cortés como a los fuertes conquistadores, pues tan grande y santa empresa salió de nuestras manos, pues ello mismo da fe muy verdadera. Y no son cuentos de naciones estrañas, ni sueños, ni porfias; que ayer pasó a manera de decir, sino vean toda la Nueva España qué cosa es, y lo que sobre ello escriben. Diremos lo que en aquellos tiempos nos hallamos ser verdad, como testigos de vista, e no estaremos hablando las contrariedades y falsas relaciones, como decimos, de los que escribieron de oídas, pues sabemos que la verdad es cosa sagrada; y quiero dejar de más hablar en esta materia; y aunque había bien que decir della. E lo que se sospechó del coronista, que le dieron falsas relaciones cuando hacía aquella historia, porque toda la honra y prez della la dice sólo al marqués D. Hernando Cortés, e no hizo memoria de ninguno de nuestros valerosos capitanes, y fuertes soldados: y bien se parece en todo lo que el Gómora escribe en su historia serle muy aficionado, pues a su hijo, el marqués que agora es, le eligió su corónica, e obra, e la dejó de elegir a nuestro rey y señor. Y no solamente el Francisco López de Gómora escribió tantos borriones e cosas que no son verdaderas, de que ha hecho mucho daño a muchos escritores e coronistas, que después del Gómora han escrito en las cosas de la Nueva España, como es el doctor Illescas y Pablo Jovio, que se van por sus mismas palabras, y escriben ni más ni menos que el Gómora, por manera que lo que sobre esta materia escribieron, es porque les ha hecho errar el Gómora.